

1928 n^o 4
1929. n^o 16, 19

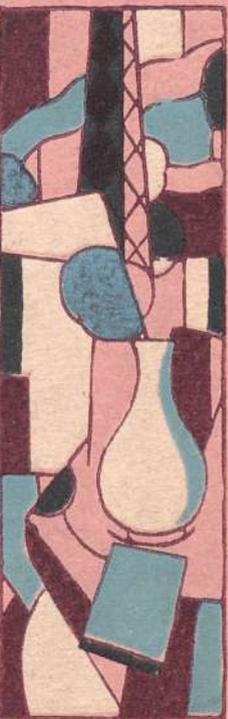
7
Z
8628

CONTEMPORANEOS

SUMARIO

B. Jarnés: *TEORIA DEL ZUMBEL.* - J. Torres Bodet: *MAXIMAS Y MINIMAS DE LA COSTUMBRE.*
 - *POESIAS* de Estrada, Fiebleman, Owen, Villaurrutia.
 - *PINTORES NORTEAMERICANOS.* - C. Gorostiza: *PAYO.* - P. C. Sánchez: *ASTRONOMIA Y GEODESIA*

MOTIVOS: García Calderón y su obra. (*E. G. R.*)-Meditaciones de un Idealista. (*J. T. B.*)-Vida de Cortés. (*B. O. de M.*)-Obras de Sigüenza. (*E. A. G.*)-Pruebas de Nueva York. (*G. G. M.*)-Henríquez Ureña, Humanista. (*X. V.*)-Carlos Chávez. (*A. C.*)-Librería de Viejo. (*B. O. de M.*)



DICIEMBRE
1928
MEXICO



Precio: Un Peso

Biblioteca Nacional de España

19668

CONTEMPORANEOS

REVISTA MEXICANA DE CULTURA

EDITORES:

BERNARDO J. GASTELUM JAIME TORRES BODET
B. ORTIZ DE MONTELLANO ENRIQUE GONZALEZ ROJO

APARTADO POSTAL 1811 MEXICO, D. F.

AÑO 10. DICIEMBRE NUM. VII

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR:

W. Blake: MATRIMONIO DEL CIELO Y DEL INFIERNO.—B. J. Gastelum: DEMOCRACIA ASIMETRICA.—M. P. Ferrero: ANDEN.—Charlot: CARLOS MERIDA.—Mérida: OBRAS.—M. Toussaint: TASCO.

MOTIVOS: Aniversario de Proust. (*Jaime TORRES BODET*).—Por el Camino de Proust. (Páginas de *AZUELA, ESTRADA, GOMEZ PALACIO, GONZALEZ ROJO, ORTIZ DE MONTELLANO y TORRI*).

CONDICIONES DE VENTA:

EN MEXICO:

UN NUMERO \$ 1.00
SUSCRIPCION A 6 NUMEROS \$ 5.00

EN EL EXTRANJERO:

UN NUMERO DLLS. 0.50
SUSCRIPCION A 6 NUMEROS .. 2.50

PARA TODO ASUNTO DE CARACTER ADMINISTRATIVO, LA CORRESPONDENCIA DEBERA DIRIGIRSE A CONTEMPORANEOS (ADMINISTRACION)

APARTADO POSTAL 1811
MEXICO, D. F.

REGISTRADO COMO ARTICULO DE 2A. CLASE CON FECHA 19 DE JUNIO DE 1928

APARECERA EL DIA 15 DE CADA MES

Biblioteca Nacional de España

Z
2628

TEORIA DEL ZUMBEL

LOS 100. El paisaje da una vuelta de campana. Los olivos se lanzan a bailar un minué y el agua de la acequia da brincos epilépticos. La carretera se ciñe a los lomos de un cerro y desaparece. Hoz que no acaba de segar los chopos, arco tenso donde la prisa va trazando fugitivas tangentes. Hoy una, ayer otra. Hoy una. El campo está frenético. Gira el ruedo de césped, como la plataforma de la risa... Y aquí está Saulo, en el eje del ruedo, contemplando atónito la total embriaguez de las cosas. Acaba de trazar su tangente a la cadera roja de un bancal.

Recta A B. Punto A, pie del chopo erguido en mitad del arco. B, borde de un ribazo, rasante con el agua. De pronto, el coche se convierte en un cañón; Saulo, en un proyectil. Alguien—buen tirador—apuntó hacia el verde felpudo y ¡pum!, allá va Saulo,

parabólicamente. La carretera celebra riendo la travesura y huye. El campo, burlón, da vueltas alrededor de Saulo, haciéndole carantoñas con los rabos de los caminos.

Saulo—duro proyectil—se incrustó en el blanco. Un blanco verde, rojo, amarillo. Desde lo profundo de su rústica humildad, 100 margaritas le contemplan. 100... 100... 100... El 1 va delante, muy tiesecito, con su barbita en punta; los ceros le siguen, panzudos, graves, en reata. 100. Siempre 100, guiñándole el ojo. Asomó la banderita detrás del blanco. Buen tirador. Ha ganado la apuesta. Banderita roja y amarilla. Giran, giran los dos colores, trazando franjas sin fin, en torno a Saulo, una bala perdida, deshecha, esparcida. Su pie izquierdo ahí está semihundido en el agua. Lo siente removerse, asustar a las ranas. ¿Y su pie derecho? Habrá que buscarlo, recuperarlo. Pero Saulo está inmóvil, descansa de su parábola, espera a que todo se pose.

Otra vez los 100. Bajan por todos los caminos, comienzan a bailar, frenéticos. Son 100 justos los chopos que rodean la plataforma verde. Luego otros 100 pinos... 100 ovejas, 100 esquilas... Son ya tantos—100 x 100.000 igual a 1.000.000—que forman un muro denso, gris, plomo, ceniza, que aplasta, que aturde. Anega a Saulo una masa de ceros. No puede alzar los brazos, no sabe dónde los puso. Se deja aplastar, hundir en el pozo, al compás de un la-

drido, de una cadena de ladridos que horadan el muro. Allí, junto a él, está el perro, un mastín que pretende ahuyentar el tropel de olivos. Al fin se cansa, prefiere ladrar a la luna, se resigna a ladrar al gran cerro, blanco y único. La luna acude—como siempre— a pedir su trino de violín en esta “Escena junto al arroyo.” Viene amarilla, color de hueso, neurótica: luna de pastoral. Viene entre dos cipreses que la escoltan, larguiruchos, fúnebres. Trae su cara de Salomé. Es la misma Salomé que acude —como todas las noches— a abrazar a Saulo, antes de desnudarse para pedir la cabeza de un espectador de la primera fila de butacas. Los pajes se apartan, y la luna se acerca a 100 pasos por hora, a 100. Lenta, lentísima, contoneándose, agitando las manos, como en un baile apócrifo. Todas las tardes acude Saulo a la granja a besar a la luna. Salomé viene siempre retrasada. Y se produce la gran escena de los celos. Y el beso final, tumultuoso, de 100 pulsaciones por segundo, de 100. Pero hoy Saulo se entretuvo en el camino, tirando al blanco, poniéndose manzanas en la cabeza, apostando. . . Es una bala perdida. Alguien le dió en la nuca, y escapó. No se puede apuntar con tanta prisa. Se pierde el blanco, la apuesta, los brazos, los pies. Uno de los pies sigue asustando a las ranas, como el leño de los dioses. Y el perro sigue ladrando. ¿Cómo abrazar a Salomé? La luna guiña los ojos, pero Saulo no puede apartar al perro. El ladrido es un insufrible martilleo.

Ha llegado a los 100 ladridos por minuto. Va a reventar. Es imposible llegar a los 100 sin dar un estallido. Le volarán las entrañas.

Los negros centinelas mueven sus alabardas. Retrocede el perro. Salomé se acerca sonriendo. Saulo quiere extender los brazos, pero, mientras los busca por el ruedo de césped, una nube de ébano lo borra todo: luna, alabardas, ladridos, margaritas, césped... Y el trompo de la tierra sigue girando, vertiginosamente. ¿Quién sostiene el cabo del zumbel? ¿Desde dónde arrojan el trompo? Es un difícil acertijo: lo traen todas las revistas en su sección de pasatiempos; también, las revistas metafísicas. "¿Dónde está el extremo del zumbel?" Y Saulo se devana los sesos, buscando al jugador de trompo. "¡No hay duda!—piensa—. Alguien se divierte con la tierra." Saulo, fijo en el eje del tarugo terrestre—único punto inmóvil—pugna por quitarse las nubes de los ojos, para verle la cara al astuto jugador, al que todo lo mueve... ¿desde dónde? Saulo quiere saberlo, espera saberlo pronto. 100... 1,000... !00,000 volteretas. 100, múltiplos de 100. Ese jugador, ¿es un loco? ¿Es un geómetra loco? No se puede jugar así con los 100, con los múltiplos de 100.

—¡Otro cero!

En la gran pizarra de ébano, van brotando otros ceros danzantes. Ya no se ponen en fila, ya no obedecen a la tiza, resbalan por el cielo, caen, suben, ba-

jan. Hoy no puede aprenderse nada. Los alumnos ríen, contemplando a la alumna, ¡tan torpe! A Salomé azorada ante una fracción periódica pura, vestida de color de marfil. Le apuntan desde el banco:

—¡Otro cero!

La alumna color de marfil va alineando ceros, medrosa, azogada, ganándose el gran cero de mayo. De pronto, esconde a medias la cara, juega al escondite por las esquinas del cielo. Saulo quiere atraparla, estrujarla, sofocarla en el pasillo más oscuro de la Universidad; pero el bedel le agarra por los brazos, le sujeta las piernas. Saulo no puede ya moverse. Oye gritar al bedel:

—¡Vive!

Se han apagado los galones rojos del bedel. Lleva encasquetado un tricornio de hule y hace señas al otro bedel que asoma al lado opuesto de la acequia.

—Sí, hay que avisar.

El otro bedel de cabeza de hule, desaparece. Ambos llevan la cara inscrita en una elipse negra, cruzada por un diámetro mal trazado, borroso; se ha corrido la tinta... Saulo se siente palpado, zarrandeado por las manos del bedel. El pie hundido en el arroyo cesa de asustar a las ranas y se reúne con su hermano. Choque doloroso que hace retemblar todos los miembros.

—Beba.

Se le aproxima el rostro inscripto en la negra elip·

se de cuero. La cantimplora refresca con sus labios de vidrio la boca reseca de Saulo. Un beso largo, voluptuoso, en el brocalillo. El pájaro de hule se abate pesadamente sobre el cuerpo yerto; mueve, lento, sus alas duras, rígidas, disecadas. Y comienza a desfilar la procesión. Uno de los pájaros de hule va delante, como un guión. Le siguen dos sombras que se apoderan de Saulo, le alzan del césped, le apartan del eje del gran trompo ya cansado de girar. Ahora es Saulo el que gira, y todo en torno va quedando en reposo. Vuelve a ver la luna, entre cipreses; pasa junto a un montón de hierros azules, de cristales rotos. Una extraña letanía va surgiendo del grupo de sombras:

—Los 100.

—Claro.

—Hecho añicos.

—La curva.

—Lo de siempre.

—¡Los 100!

Una cortinilla de hule, aisladora, negra, cae sobre Saulo. Se apagan todas las estrellas, se borra la luna. Saulo se siente sumergido en una sima tenebrosa, sin fondo. Quiere bracear un poco. El brazo izquierdo se niega. Saulo, resignado, se deja hundir, desaparecer en el sótano. 10... 20... 80 peldaños. 90... 100... 100... 100...

Benjamín JARNES

MAXIMAS Y MINIMAS DE LA COSTUMBRE

*...car c'est a la vérité una vio-
lente et traistresse maistresse que
la coustume.*

MONTAIGNE

EL error, que es la primera experiencia de la juventud, es la última aventura de la ancianidad.

•

HASTA en Simbad el Marino el naufragio, que empieza por ser una desgracia, termina por ser una especialidad.



TEMO al hombre de un solo libro pero compadezco al de un solo hábito.



EN arte, un mal adulterio es mejor que un buen matrimonio.



EL buen escritor nace sin costumbres. El malo muere con ellas.



COMEDIA de costumbres... Tragedia de caracteres... ¿El carácter sería pues al drama lo que la costumbre a la comedia: límite que la realidad opone al deseo para que la obra de arte se logre?



STENDHAL explora las manías de sus personajes. Balzac las inventa, Dickens las disfruta, Dostoiewski las sufre.

●

CADA nuevo pintor demuestra con sus cuadros que el paisaje en que otras generaciones vivieron, se amaron y desaparecieron no era sólo una costumbre de la mirada sino un defecto de la imaginación.

●

CUANDO releemos una novela, cuando regresamos a una ciudad, la sonrisa con que cada página y con que cada rostro nos saludan, no es de alegría: es de resignación.

●

PARA encontrar el atractivo de ciertas costumbres, como para descubrir el color de las calcomanías, hay que frotar, primero, la superficie neutra que las protege.

●

LA salud es un deporte que se olvida con la práctica.

●

UN nuevo país, como una nueva sonata, se apren-

den mejor sobre un piano mudo. Las primeras confidencias son, al mismo tiempo, el precio de nuestro aprendizaje y el desencanto de nuestros oyentes.



LA costumbre protege, pero ablanda. La curiosidad expone, pero endurece.



¿ESCUELA de héroes? No; cuando mucho, escuela de santos.



AL revés de los trajes que llevamos de niños, las costumbres que dejamos hace tiempo de usar nos quedan siempre un poco largas.



UNA costumbre que se comparte no puede ser sino inferior. Primera Variante: una costumbre que se confiesa no puede ser absolutamente honrada. Segunda Variante: las

costumbres que se aceptan no siempre se merecen.
Las que se merecen no siempre se aceptan.



NO hay costumbres alegres.



DERROTA del moralista. La repetición —que perfecciona las malas costumbres— atenúa las buenas enseñanzas.



SOLO las virtudes peligrosas son excelentes, pero la civilización sólo autoriza las virtudes sin peligro.



HAY un momento en que la cultura nos domestica. Temámoslo: en esta jaula de circo, la peor fiera es el domador.



LA memoria, vejez de la inteligencia. Lo que mejora el hábito, arruina el deleite.



EL equilibrista es el virtuoso de la costumbre. ¡Qué bien danza sobre la cuerda floja! ¡Cómo sonríe a las dificultades! ¡Cómo abre crepúsculos y los cierra en el cielo de una sombrilla! Para ser realmente admirable no le falta sino caer. A última hora, lo que lo salva del vértigo es su absoluta ausencia de imaginación.



HAY dos mundos en el lenguaje: el de las costumbres y el de las aventuras; el de los adjetivos y el de los verbos. Pero, por ironía, el verbo —resultado lógico de una acción, es decir: de una curiosidad— acaba por endurecerse hasta el automatismo de la costumbre, llega a ser el esqueleto de nuestro idioma. Mientras tanto, el adjetivo, nacido de una voluntad crítica de clasificación, se convierte en puerto por donde embarcamos a la aventura. Por eso la necesidad del verbo exacto tortura al prosista y el adjetivo nuevo hace la delicia del poeta.

•

SI pusiéramos en acción, para perder nuestras malas costumbres, el mismo esfuerzo que invertimos en adquirirlas . . . perderíamos el esfuerzo.

•

LAS serpientes, como las costumbres, cambian piel cada siete años. Por eso el hijo funda su rebeldía en las mismas razones en que, padre, apoyará su autoridad.

•

LA costumbre no es egoísta. Se apodera de nuestras cualidades, pero nos deja nuestros defectos.

•

LOS malos hábitos hacen las buenas costumbres . . . Y viceversa.

•

UNA costumbre no limita solamente a quien la acepta: limita asimismo a quienes la soportan en él. ¡Delicias de la mala educación! Entre personas que

se respetan mutuamente los hábitos, no puede haber de común sino el bostezo.



LAS costumbres y las abadías: cuanto más difíciles de obtener, más provechosas de disfrutar.



HAY almas atadas a la vida por lazos de tan innumerables costumbres que la muerte, al cortarlos, no puede inspirarles sino reconocimiento.



EL suicidio es la brusca adquisición de una costumbre inevitable.

Jaime TORRES BODET

POESIAS

SILENCIO

***E**N la mesa de la noche
está el vaso de los sueños
y para apagar la sed
las horas lo están bebiendo.
¿Qué haré por la madrugada
cuando despierte sediento,
si ya el agua de mi vaso
se la ha bebido el silencio?*

*La sábana de mis noches
está deshilando el sueño
y estaré desnudo y frío
cuando vuelva a estar despierto.
Para cobijar mis ansias*

*en la manta del silencio
¿qué voy a hacer si se fuga
un hilo en cada momento?*

*Lámpara de mis vigili-
as,
con mechero de lamentos,
está agotando tu aceite
mi sueño de ojos abiertos.
Lentamente tu llamita
de débil se está muriendo
y para alumbrar mi noche
sólo se enciende el silencio.*

Genaro ESTRADA

DEATH OF THE GOD IN MEXICO

I. HE IS CHOSEN

O *F rain in the walls of my father's house,
The long, thin, years, or the insuperable foison,
I had no rest nor change. Neither carouse,
Nor seeming quiet could prevent a poison
From creeping up.*

*When at the temple gate
I saw my counterpart inhabiting stone.
A rainy afternoon, As day grew late,
The priests within saw only one alone.
Him they retained*

*Life more than I could brook
Became to them a joy, to me a fund
Of strength before the crowd, which took
My pleasure to be moribund.*

II. HE LIVES A GOD

*Dawn remembers a world that has been,
Night fortells a time to come;
Any work is a deadly sin
That keeps me mute and dumb.
They have stuck red feathers in my hair,
And taught me to play upon the flute;
Work seems only a long despair
Which keeps me dumb and mute.
I walked into the street with no winning
Smile for them; for what
Could make me forget my full beginning
In my father's hut?*

*To any there that hated or doubted,
To any set aside to weep,
The crowd was lost; and the crowd shouted:
All had forsaken sleep.
Some with stringy faces set
From meeting imagination face
To face for the first time; some yet
Who wondered in that arid place
If him they saw long years ago,
A solemn and a simple lad,
Could be the same that now would know
All flowers, and dance them mad.*

III. AND DIES

*Not men alone but many men made merry,
A scene enacted afar, a flaming poster
Revealing the dripping floor, the high sanguinary
Sun, the lips mumbling unheard paternoster;
I saw it all then: the silence, the still
Sad ritual under the sunny hill,
The flushed folk waiting for the knife to kill.
Time was turning, turning back, the forgotten,
The dear head lying fly-speckled, rotten.
Thank God! immortal, it would go on
After ritual, people, priests, were gone.*

*Dear heart, dear father, this life is not mine;
Love, spare me the haunts of the dreary immortals!
My music is faithless, my faith is divine;
I must tread out my flutes at the priestly portals.
The shivering sun could never make you sick
But mashes out life in the fragile adepts.
Before they conquer me they must conquer my music,
I must tread on my flutes at the temple steps.*

James FIEBLEMAN

POEMA EN QUE SE USA MUCHO LA
PALABRA AMOR

*Comienza aquí una palabra vestida de sueño mas
(música
Llevas puñados de árboles en el viento pausado de
Orfeo
En los ojos menos grandes que el sol pero mucho más
(vírgenes
Mañanas eternas y que llegan hasta París y hasta
(China
Ese otro ojo azul de párpados de oro en el dedo
No sabrías sin él Niágaras a tu espalda de espuma*

Xavier Villaurrutia

***Hallar tras del espejo la estatua asesinada,
sacarla de la sangre de su sombra,
vestirla en un cerrar de ojos,
acariciarla como a una hermana imprevista
y jugar con las fichas de sus dedos
y contar a su oreja cien veces cien cien veces
hasta oírla decir: "estoy muerta de sueño."***

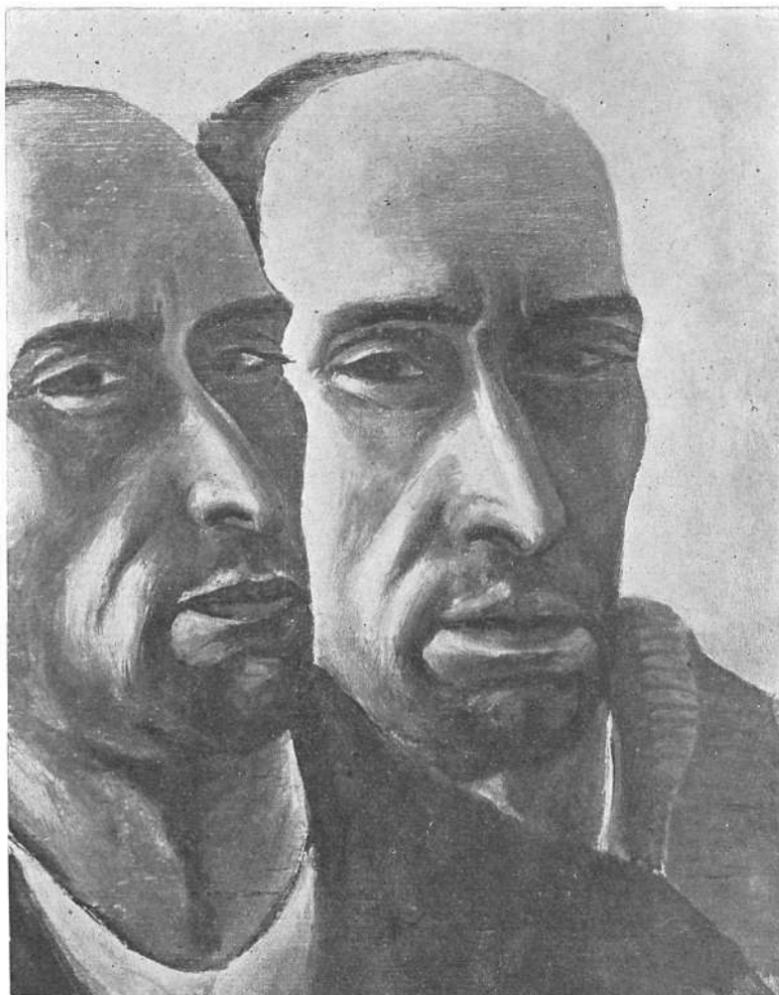
Xavier VILLAUURUTIA

PINTORES
NORTEAMERICANOS
DE HOY



CANADE

LA CONVERSACION



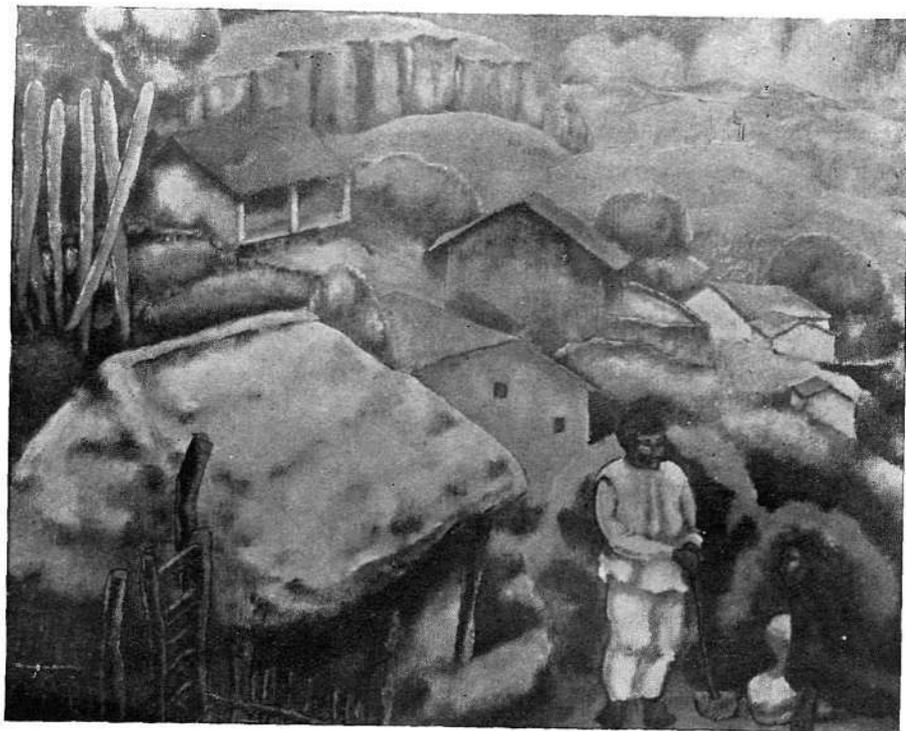
CANADE

AUTORRETRATO



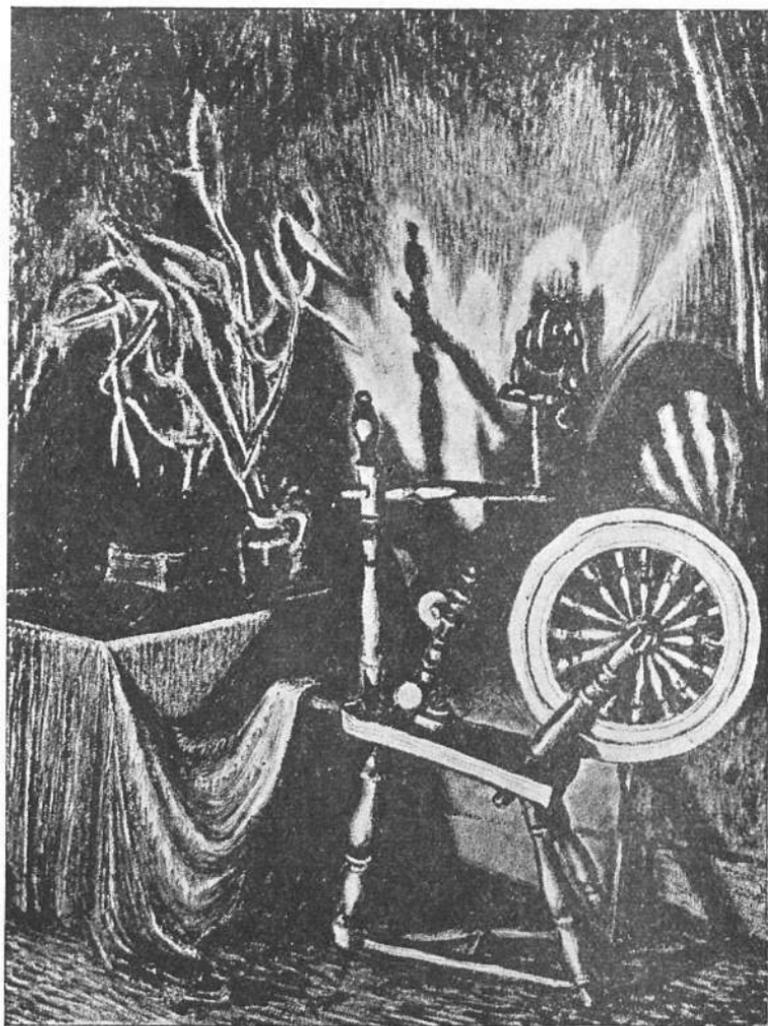
GEORGE BIDDLE

PAISAJE



GEORGE BIDDLE

PAISAJE MEXICANO



WANDA GAG

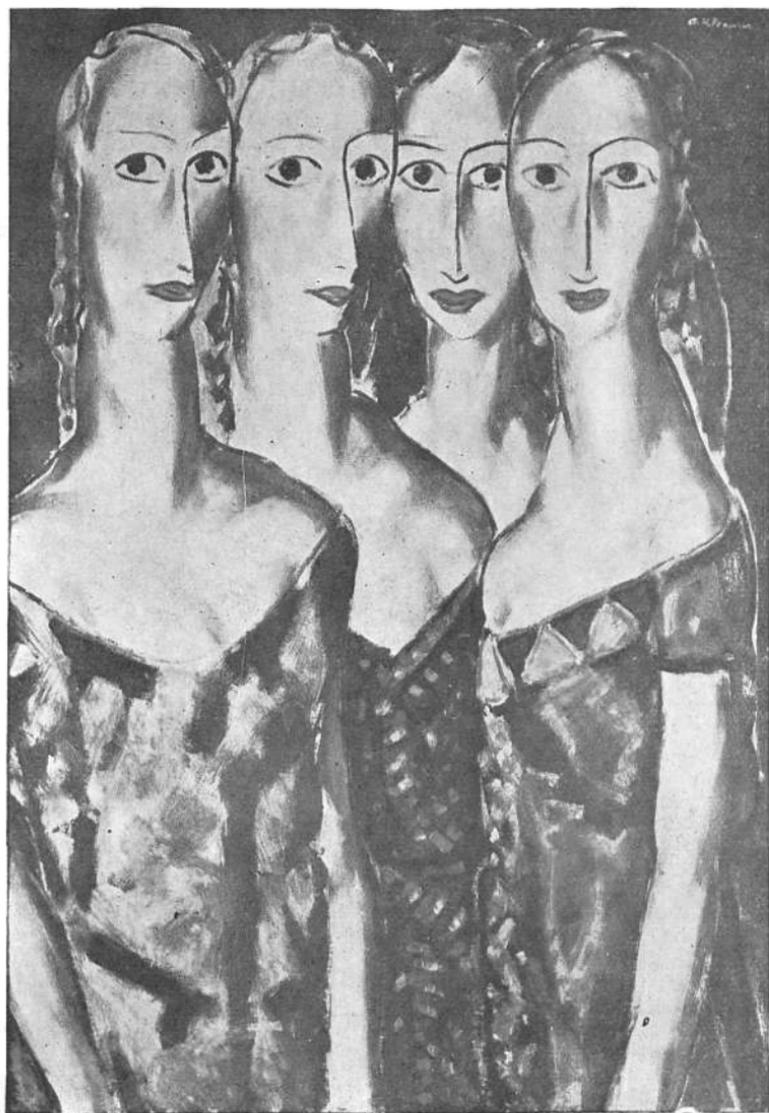
RUECA



WANDA GAG

ESTACION DEL ELEVADO

Biblioteca Nacional de España



A. MAURER

MUCHACHAS



Y. KUNIYOSHI

LAS BAILARINAS



ERNEST FIENE

CAMINO DE LA CIUDAD



PEGGY BACON

LA MODELO

PAYO

EL cerillo que encendió, lentamente, el último cigarro, alegró la luz empolvada que llegaba más tenue, atravesando pesadas atmósferas de humo, al rincón en que Andrés, con la mano entre el pelo, volvía y devolvía páginas de un grueso volumen. Sentía en los ojos inyectados parpadeos de oscuridad que acompañaban al zumbido del silencio prolongado, más acentuado por la tristeza del silbido distante de una locomotora, del campaneo de los relojes públicos y del rasgar de las hojas de su libro. La fiebre le agarraba la garganta. El corazón le palpitaba cada vez más fuerte y en la cabeza le sonaban, procurando acomodarse al ritmo del corazón, palabras sueltas del texto. Santa Teresa, Santa Teresa, Santa Teresa. Y, mientras, recordaba al joven profesor de literatura en

el ademán, con que había citado a Santa Teresa. Le parecía simpático el profesor. Le atraía su irreprochable presencia, el peinado perfecto, la elegancia de su ropa y, sobre todo, la sonoridad de la voz con que explicaba tan fácilmente sus clases. Pero le molestaba esa indiferencia superior con que lo ignoraba. En la misma clase, no obstante que él se sentaba en las primeras filas, rara vez era interrogado. Tal vez porque cuando se atrevía a levantar la mano, lo hacía tan tímidamente, que parecía imperceptible. Una ola de vergüenza le subió a la cara al recordar aquella clase del Romancero que tenía tan bien preparada. Esperó inútilmente por más de media hora, sin que el profesor se hubiera fijado en él. Entonces, una hendidura hecha a navaja en un banco, lo llevó al de la escuela de su ciudad, de su pequeña ciudad, en el que, poco antes de venir, había grabado las iniciales de la que despertó su primera pasión fugaz de adolescente: H. D. Allí estarían ahora Alvaro Llaguno y Guillermo Arena comentando su ausencia, enviándole los cigarrillos egipcios que lo supondrían fumando. Habían encerrado su idea de México en el aroma de esos cigarros que él, con esa facilidad con que se ven las cosas al partir, les había ofrecido mandarles. El maestro Esparza, en tanto, se empeñaría en demostrar que el coco no es un fruto, sino una semilla. Aún tenía Andrés en la bolsa que le había dado para sus amigos en la Escuela de Agricultura, sólo que ya

las puntas se habían ennegrecido y doblado; pero la escuela estaba lejos, el tranvía era caro. Además, debía de ser un lugar muy grande, más grande que la Preparatoria en que se sentía tan insignificante, tan desconocido, que en un mes nadie se había fijado en él. En Agricultura se vería obligado a hacer preguntas, a perderse, a ser tratado con altanería. De pronto, oyó su nombre invertido: Manrique Andrés. Había sido interrogado. Pero no se dió cuenta de la pregunta. Y le dió miedo pedir una repetición. Se puso de pie todo tembloroso, enrojeció, se acaloró. Sentía clavadas en el cerebro las miradas de todos los compañeros que siempre le veían tan despectivamente. Podía adivinar sus sonrisas. Y de todas las miradas, una le dolía más: la de Rosa Moreno, tan linda con sus grandes ojos café, tan elegante con sus vestidos deportivos, con su paso ágil de gimnasta, tan desenvuelta en sus modales. En ese momento sintió el odio más grande que había tenido en su vida, por la ciudad, por la escuela, por los compañeros, hasta por Rosa. El maestro aguardó un momento y, luego, con un tono verdaderamente humillante, le dijo: "Siéntese usted." Cualquier reprensión, aun la más dura, le hubiera parecido menos dolorosa, menos abominable.

Tenía razón Rosa para no fijarse en él. Y también para sentir esa simpatía que le demostraba al profesor. ¿Cómo se le había ocurrido pensar interpo-

nerse entre ellos, que eran de otro mundo, de un mundo que él podía ver, pero no tocar, sin empañarlo? ¡Qué vida engañada la de la provincia! Apenas ayer, apenas hacía unos días, él era el muchacho inteligente de su clase. Los amigos lo solicitaban, lo consultaban, las amigas lo veían con cariño. Las señoras lo hacían ruborizar cuando, de visita en su casa, hacían delante de él, su elogio a su mamá mientras tomaban la minúscula taza de chocolate bajo aquel gran retrato de boda de su papá, de marco dorado. Por cierto que era un retrato que nunca había podido merecerle respeto. Cuando él conoció a su padre, era un hombre maduro, de pelo gris, con el bigote discretamente recortado y la mirada dulce bajo grandes anteojos. Y aquí presidía la sala de su casa un hombre flaco, joven, de enormes bigotes, de mirada alta-nera. Después que la revolución le había hecho perder su cómoda posición de rico de provincia y, por el disgusto consiguiente, la vida, Andrés no podía, para recordarlo, recurrir a aquel retrato. Prefería verlo en su imaginación, sentado en la banca del jardin-cito de Querétaro discutiendo con los comerciantes del lugar la situación política del país, mientras él se encontraba, en el interior del jardín, a oscuras, cerca de un "huele-de-noche", con alguna amiguita, y todo tembloroso le deslizaba la carta amorosa largamente preparada con las frases más sonoras de las colecciones de sus amigos.

Si Rosa lo hubiera conocido allá, un poco antes, nada más un poco antes, cuando él usaba todavía aquellas flamantes blusas marineras y zapatos encargados a la frontera de los Estados Unidos, y todo el mundo se hacía lenguas de su belleza, entonces hubiera podido aspirar a ella. Pero ahora que tenía que usar los trajes de su papá, mal recortados por un sastre del barrio y la obligación de los cigarrillos lo hacía recorrer enormes distancias a pie con perjuicio de los zapatos y del tiempo para el aseo, y cuando el tamaño de las cosas lo había tan de súbito, empequeñecido brutalmente, ¿cómo iba a pretenderla?

La veía gigantesca, distante como una escultura, corriendo arrogante con la pelota de "basket" en el patio de la escuela. O en un corrillo, comentando con los amigos el último incidente, dejando escapar su voz y su risa melodiosa. Entonces él pasaba tratando de perderse en los muros, como un perrillo miedoso, viendo con el rabillo del ojo al grupo, esquivando todas las miradas. No quería, sobre todo, que lo viera Carlos Domínguez, el futbolista, el atleta. Andrés lo admiraba y, por lo mismo, lo odiaba. Era tan arrogante, tan perfecto en todos sus detalles. Todo en él parecía concurrir a la perfección. Viéndolo, Andrés no entendía la elegancia sin el andar balanceado, sin el pecho amplio, cubierto por una camisa entallada, ni siquiera sin los colmillos de oro. Cuanto decía era agradable, gracioso. ¡Cómo debían de admirarle las

muchachas cuando sacaba con orgulloso ademán una o dos monedas de plata para comprarles merengues o pastillas de chicle! Pero lo sentía tan opuesto a él, sabía tan bien que nunca podría ser como él, que nunca podría ser su amigo, que acabó por hacerse a la idea de que era un tipo despreciable.

La veía también, guiando, alentando con sólo su mirada, el juego de frontón que improvisaban los muchachos en el segundo patio. Andrés lo observaba desde el corredor del segundo piso, confundido con una columna, haciendo que estudiaba, realmente, tratando de estudiar; pero no podían dejar de atraerlo las malas jugadas de aquellos muchachos. Pronto sentía el patio como un tablero de ajedrez, y quería, mentalmente, manejar a los jugadores. Sentía un hondo disgusto, como el que sentiría un jugador de ajedrez que se soñara frente a un tablero en que, a pesar de su voluntad, las piezas se movieran libremente, mal. El sí que sabía jugar frontón. En Querétaro, donde tantos lo jugaban tan bien, no había quien le ganara. Herlinda iba siempre a verlo jugar y lo aplaudía y lo felicitaba al final, y no se hacía nunca una partida que se considerara formal sin que él tomara parte. Estaba seguro de poder ganarles a dos juntos de los que jugaban aquí. Pero a nadie se le hubiera ocurrido invitarlo y él nunca, nunca se atrevería a ofrecerse.

Sediento, enfermo, Andrés dió la última fuma-

da a su cigarro, cuando ya le quemaba los dedos. Casi no podía ya abrir los ojos, sentía que su cabeza aumentaba de tamaño, que se iba de su lugar, y una molestia en el estómago, en el pecho. . . . El calor de su cama, cerca, lo atraía; pero el examen estaba encima y el fracaso era inminente. Un esfuerzo más, y volvió a su libro. Inútil. Nada pudo entender en las páginas borrosas. Cuando creyó que estaba de nuevo estudiando, otras palabras le sonaban en la cabeza: Siglo de Oro, Lope, Obra Maestra, Siglo de Oro, y se empeñaba en un formidable juego mental de frontón, en que estaba derrotando, con enorme ventaja, a Carlos Domínguez. Nunca jugó Andrés juego más preciso. Seguía a la pelota con la mirada por cada lugar del aire. Fijaba de antemano los lugares exactos de la pared y del suelo en que pegaría, los pasos y los saltos inútiles de Carlos. Había un tanto reñido que al fin ganaba él, naturalmente, con un golpe de astucia que Carlos no podía prever. Rosa veía el partido con mucho interés, aplaudía a cada tanto, se alegraba, cambiaba, nerviosa, de lugar. Y después del partido, venía a felicitarlo y se enfrascaba con él en una sabrosa conversación que permitía a Andrés todos los desahogos. Al llegar aquí, se entristeció. Esa conversación no era posible. No podía él, vestido como estaba, conversar con Rosa. Le era posible ganar el partido, pero para platicar con ella necesitaba el aspecto, la elegancia, la simpatía, la

frescura del profesor de literatura o de Carlos. Eso ya lo sabía. Cuando Navarro, aquel compañero, único con quien hasta ahora había tratado, no porque sintiera alguna simpatía por él, sino porque era el único que se había ofrecido a resolverle algunas dudas sobre determinados lugares o, sobre ciertas costumbres de la escuela, o bien a prestarle los libros que él no había podido todavía comprar, cuando Navarro lo llevó a presentar con Rosa, él se turbó todo, extendió tímidamente la mano, y sus dedos, torpes, chocaron con los de ella, enlazándose de una manera ridícula. Rosa sonrió amablemente y fingió una ocupación que le permitió excusarse. En el fondo se alegró de que se hubiera ido. Estaba seguro de no poder ensartar dos palabras. Pero todavía hoy, al recordar el incidente, le subió la sangre a la cara, sintió deseos de hundirse, y en un impulso de huir de sí mismo, se dejó caer sobre el respaldo de la silla, tapándose los ojos cansados con el brazo.

Febrilmente, como apuraría el sediento un vaso de agua, empezó a buscar recuerdos alegres con qué tomar el desquite de ese bochorno. Pero todos no eran mas que fragmentos de recuerdos, de los que implacablemente salía el momento de la presentación, presidido por su mano grosera, inútil. Sólo cuando había ya cesado en su intento, un movimiento de repulsión de su cuerpo, hizo crujir la silla. Fueron dos notas solamente. Dos notas que, al combinarse,

trajeron a su imaginación un vals romántico que tocaba la orquesta de su tierra los días de serenata. Momentáneamente brotó en su recuerdo la plaza de Querétaro con sus filas de muchachas paseando en una dirección, y de hombres en otra. Todas con sus vestidos de domingo, adornadas con flores, y él perdido entre los hombres y, sin embargo, eje de miradas, de comentarios, de citas con la chiquillería femenina. Había querido ser, pronto, hombre, y hasta cierto punto estaba satisfecho de serlo; pero le gustaba recrear la imagen del niño bonito, bien cuidado, querido, que antes era. Se veía con su boina que decía en el listón "Viva México", con su fleco cuidadosamente recortado sobre los ojos, llevando en la mano la gardenia comprada con los diez centavos de "su domingo," para obsequiar a la preferida de sus enamoradas. Era posible que tuviera razón su mamá cuando quería quedarse allá y aceptar el empleo que le ofrecían para él en la casa de Fernández Hermanos. Pero lo cierto es que él no podía acordar sus aspiraciones con las de ella y que desde el choque que tuvieron entonces, al venir a la capital, procuraba ser más reservado y, contra su voluntad, le guardaba cierto resentimiento por haber querido dedicarlo a medir géneros; pero tal vez, si hubiera previsto cuál iba a ser su situación, en México, le hubiera dado la razón con todo gusto.

Su garganta irritada le pedía más tabaco; pero

era inútil. Estaba agotado el último cigarrillo. Con la ansiedad del vicioso, sabiendo que no encontraría nada, se paró a buscar en los bolsillos de sus trajes que estaban en el ropero. Era el gran ropero de sus papás que en otro tiempo le merecía tanto respeto. Cuando su mamá lo abría para darle dinero, él lanzaba una mirada rápida tratando de penetrar los misterios y los secretos que suponía allí encerrados. Y de vez en cuando, un juguete, un vestido, un dulce que salían de él, aumentaban su admiración para aquel mueble. Al volver a cerrarlo, nuevamente convencido de la inutilidad de buscar, se fijó en el espejo. Tenía en su mente la imagen del niño y se sorprendió cuando el espejo le arrojó a la cara su cara deforme de adolescente, alargada, fea. Se desconoció. Ese no era él, no podía ser él.

Mientras abominaba de sí, fué quitándose la ropa, su saco, su corbata tejida por la mamá, vieja, arrugada, con la mente en los trajes, en las corbatas del profesor de literatura. Apagó la luz, e inconscientemente se puso a rezar un padre-nuestro. En la cabeza le sonaban Siglo de Oro, Santa Teresa, Santa Teresa, Literatura, Rosa, Rosa, Rosa, Rosa.

Un reloj tocó las cuatro de la mañana.

Celestino GOROSTIZA

ASTRONOMIA Y GEODESIA

FIGURA Y DIMENSIONES DE LA TIERRA

NADIE duda en la actualidad que los fenómenos que se verifican, de cualquier naturaleza que sean, son debidos a causas, la mayor de las veces desconocidas, pero no por eso menos eficientes y determinantes de su existencia.

Cuanto más complicado es un acontecimiento, cuanto más difícil es su interpretación, la tendencia a explicarlo recurriendo a lo maravilloso, a lo sobrenatural, es más grande.

¿Qué es el Universo? ¿Cuál es el origen de la Tierra? ¿Cómo apareció el hombre? ¿Por qué se formaron distintos pueblos? ¿Cómo se crearon las ciencias?

Todo fenómeno, dice Henri Poincaré, por insignificante que sea, tiene una causa. Un espíritu poderoso, infinitamente bien informado de las leyes de la naturaleza, habría podido preverlo desde el principio de los siglos.

Cuando se estudia la naturaleza, por poco observador que se sea, se advierte la tendencia de todos los seres, organizados e inorgánicos, a agruparse o adquirir formas que les permitan resistir mejor a la destrucción.

La agrupación de los seres racionales que forman los distintos pueblos, no puede escapar a la ley de conservación: o perecen o se agrupan y se desarrollan para asegurar su vida.

Por complicados que sean los fenómenos sociales, deben verificarse como los fenómenos físicos, cuando están suficientemente preparados para su existencia.

Aunque los pueblos en su desarrollo presenten caracteres semejantes, en el fondo deben ser distintos, por ser distintos sus orígenes, sus idiosincrasias y sus tendencias inmediatas; todos luchan por asegurar su vida, su autonomía y por mejorar su existencia. Se agrupan, se mueven y se agitan, casi inconscientemente, guiados por el instinto de conservación.

Por raro que parezca, el estudio de las ciencias ha sido impuesto a los primeros hombres por necesi-

dades de orden práctico, por el deseo de satisfacer las exigencias o las comodidades de la vida.

Sin duda alguna, los primeros que se dedicaron a la agricultura, tuvieron necesidad de distinguir las estaciones y de determinar la época de su retorno.

¿Pero, cuál fué el pensamiento primitivo, qué sintió el hombre de sí mismo en aquellos primeros días de la vida del género humano? ¿Cómo pensaban y qué pensaban los hombres en aquellos tiempos remotos de migración, de caza, hace cuatrocientos siglos, antes de que comenzaran las siembras y las recolecciones?

No hay salvaje, por inferior que sea, dice Wells, que no tenga alguna idea de la relación de causa a efecto. Pero el hombre primitivo no procedía críticamente en la asociación de ambas ideas: se concretaba a relacionar un efecto con algo que, aunque fuera erróneamente, consideraba como su causa.

Es claro que el hombre primitivo no tuvo la menor idea de lo que es un año; es muy dudoso que los primeros agricultores se fijaran en las estrellas. Más probable es creer que las estrellas fueron observadas primero por los hombres que emigraban en rebaños, sirviéndose de ellas para orientarse; pero, una vez establecido su uso en la determinación de las estaciones, su importancia fué grande para la agricultura. El sacrificio de la siembra (Wells), se relacionó con la marcha hacia el Sur o hacia el Norte de algu-

na estrella importante, y, como consecuencia necesaria para el hombre primitivo, surgió el mito y el culto de esa estrella.

Tal es el origen remoto de la astronomía cultivada por aquellos pueblos agricultores, caracterizados por su cultura llamada heliolítica, de hace 12 a 15,000 años.

Muchos siglos transcurrieron para que el hombre se diera cuenta de qué cosa era la Tierra que lo alimentaba, y qué papel desempeñaban los innumerables astros que noche a noche contemplaría con estupor y adoración.

Lebon divide la historia de la Astronomía en tres períodos:

El período antiguo termina a mediados del siglo XVI y se caracteriza por observaciones numerosas e importantes en todos los pueblos, por las hipótesis elevadas de los filósofos Pitágoras y Platón sobre la constitución del universo, por los descubrimientos de Hiparco, y sobre todo por la explicación que dió Ptolomeo de los movimientos celestes.

El período moderno abarca de mediados del siglo XVI a mediados del siglo XIX, y se distingue por la adopción de la hipótesis racional de Copérnico para explicar los movimientos de los planetas; por las leyes de Kepler, que rigen sus movimientos alrededor del Sol; por los descubrimientos de Galileo, mirando a través del telescopio inventado por él; por

el descubrimiento capital, debido al genio de Newton, de la ley de la atracción universal; por los nuevos métodos matemáticos de Lagrange y de Laplace, que permitieron establecer las primeras teorías de los movimientos de los astros del sistema solar, y por los perfeccionamientos siempre crecientes de los telescopios, gracias a los cuales pudo Herschel descubrir un planeta más allá de Saturno.

El período contemporáneo comprende la última mitad del siglo XIX, y se hace notar por la precisión que ha alcanzado la mecánica celeste, debida a los eminentes trabajos matemáticos de Le Verrier, Adams y Tisserand, y sobre todo a las invenciones nuevas de las ciencias físicas, que han facilitado el estudio de la constitución del Sol y de las estrellas.

A los períodos anteriores debe añadirse el de la época en que vivimos, o sea los principios del siglo XX, caracterizados por el predominio de los estudios astro-físicos, el perfeccionamiento del espectroscopio, el empleo de los grandes ecuatoriales, y por los importantísimos trabajos de Einstein, creador de la teoría de la relatividad, que ha traído nuevas concepciones del espacio y de la materia.

La teoría de la gravitación de Einstein ha sido considerada como el triunfo matemático más notable desde los tiempos de Newton.

Ninguna ley descubierta por el hombre había per-

manecido tan firme a través del tiempo, como la ley de Newton, tal como la enunció su autor: "Todos los cuerpos del universo se atraen mutuamente con una fuerza que es proporcional al producto de sus masas y en razón inversa del cuadrado de la distancia."

Mas viene Einstein, y la teoría de la gravitación de Newton vacila: el espacio es curvo y vivimos en un mundo de cuatro dimensiones.

Pero, ¿qué verdades son éstas tan ininteligibles? El espacio curvo nuestra imaginación lo rechaza; las cuatro dimensiones no son percibidas por nuestros sentidos.

Quizá tenga razón Bertrand Russell al definir al matemático como el "hombre que cuando habla no se entiende lo que dice, ni es posible saber si dice la verdad".

Según la nueva teoría no hay fuerza gravitacional, pues ésta es una consecuencia del espacio de cuatro dimensiones.

Haced por un momento abstracción de la gravitación, e imaginaos un hombre flotando en medio de un cuarto aislado en el espacio, ya que no existe fuerza que lo obligue a caer. Pero suponed que el cuarto recibe un tirón en una esquina por medio de una cuerda adherida a él: el hombre descenderá al suelo como cuando estaba sujeto a la gravitación. He aquí lo que científicamente se llama "movimiento difor-

me" (por oposición a uniforme) y que sustituye a la fuerza de la atracción newtoniana.

Para el que no sea matemático, las deducciones de la teoría de la relatividad son incomprensibles; oíd, si no: Suponed un hombre viajando a la velocidad de 161,000 millas por segundo; si extiende su brazo horizontalmente verá que tiene 30 pulgadas de largo; mas si lo eleva verticalmente, y si le fuera posible medirlo, comprobaría que se había acortado 15 pulgadas. Si la velocidad aumenta, la contracción será más grande; y si llegase a adquirir la velocidad de la luz, se acabaría toda dimensión, e igualmente se acabaría el tiempo: el viajero que caminara con la velocidad de la luz no envejecería un segundo, por la sencilla razón de que no ha transcurrido el tiempo.

¿No es esto paradójico y en contraposición a lo comúnmente sabido?

A los astrónomos y físicos del porvenir toca aclarar tales conceptos.

Mientras que los astrónomos, gracias a los trabajos de Shapley y otros, encuentran para las dimensiones del universo sideral un radio superior a 10^{21} metros, o sea 100,000 años luz, los físicos y los químicos descienden al mundo de lo infinitamente pequeño, y demuestran que el átomo es un sistema planetario bien complicado, en el que los planetas, tienen dimensiones inferiores al cienmilésimo de mi-

crón y una masa del centésimo de trillonésimo de gramo.

Las teorías de Saha, y la teoría de la ionización han comprobado la unidad esencial de la astronomía, demostrando no solamente que el Sol es una estrella típica, sino que el estudio de las estrellas dará mucha luz sobre las cuestiones solares. El gran problema de la astronomía moderna, la evolución de las estrellas y la estructura complicada del universo, sólo podrá encontrar una solución satisfactoria cuando se conozca la estructura íntima de la materia. La dimensión del átomo sólo puede deducirse de las observaciones de las grandes estrellas, ya que éstas constituyen laboratorios especiales que el físico y el químico jamás lograrán realizar en la Tierra, dados los enormes cambios de temperatura, presión y condiciones eléctricas que son necesarios para tales investigaciones, y que sólo se encuentran en las estrellas gigantes.

Ved, pues, cómo la ciencia considerada generalmente como inútil, asunto de lujo de las naciones civilizadas, ha sido atendida por el hombre desde las primeras edades de la prehistoria, dado que los fenómenos celestes regulan la reproducción periódica de sus necesidades, el orden de sus trabajos, la sucesión de las estaciones. La necesidad de dividir el tiempo impuso al hombre el estudio del cielo, ra-

zón por la que se encuentran en todos los pueblos las primeras nociones de la Astronomía.

El conocimiento continuo de la hora exacta es para nosotros de una necesidad absoluta. ¿Qué sería sin ella de nuestros medios de comunicación? Esta necesidad se ha sentido en todo tiempo, si no en alto grado como ahora, sí siempre con imperio ineludible.

En el siglo XVI el autor de un tratado de cuadrantes solares pretendía que era tan imposible pasarse sin la hora, como sin comer ni beber.

El hombre, que dedujo de los movimientos celestes la longitud del año y del mes, pidió a los astros el medio de subdividir el día y la noche; y lo propio sucede ahora, pues la marcha del mejor reloj tiene que ser comprobada por observaciones astronómicas, y así sucederá siempre, porque nada hay en la Naturaleza tan regular y tan durable como el movimiento del cielo.

El día y el año son unidades impuestas por la Naturaleza, y en cierto modo lo mismo puede decirse del mes. A la observación hay pues que pedir las relaciones de estas unidades; de aquí esa larga investigación para la división del tiempo, o de otro modo dicho, para la formación del *calendario*, de períodos lunisolares que contuvieran a la vez un número exacto de días, de meses y de años, y que durante mucho tiempo ha constituido casi toda la Astronomía de los pueblos antiguos.

¿No es el calendario la mejor prueba de que el estudio de la Astronomía fué impuesto por necesidades de orden práctico?

Tanto es así, que la Historia demuestra que el género de calendario adoptado al principio por un pueblo ha ejercido una decidida influencia en el desarrollo de su Astronomía.

¿Podrá el mundo actual prescindir del calendario?

Imposible de manera absoluta, ya que desde la más remota antigüedad los pueblos se han preocupado por adquirirlo, encomendando a los astrónomos su perfeccionamiento indefinido.

La utilidad de la Astronomía es incuestionable, pues sin ella la navegación sería imposible, lo mismo que la construcción de nuestros mapas en los cuales se representan los continentes y todas las poblaciones importantes del mundo habitado. Si en un momento dado los hombres olvidasen la Astronomía, y fuesen destruídos los almanaques, tablas y aparatos astronómicos, así como todos los relojes detenidos, el comercio cesaría instantáneamente y el mundo retrocedería a épocas muy antiguas. Los trabajos de exploración serían imposibles.

En la antigüedad los viajes sustituían a los libros; quien más había viajado, quien más había visto, sa-

bía más; y bien pronto la necesidad de extenderse y de explicar a los demás lo que había visto, mostrando aparentemente el camino recorrido, hizo que se trazaran los primeros planos, en los cuales la perspectiva y la proyección aparecen confundidas.

Después de la expedición de Alejandro a las Indias, que ensanchó las nociones geográficas hasta entonces muy estrechas de los Griegos, la cuestión de las dimensiones y de la forma de la Tierra fué tomada en consideración.

En la más remota antigüedad se atribuía a la Tierra una inmovilidad absoluta, se le daba la forma de un disco plano y redondo, cuyo centro pretendían ocupar todos los pueblos. En los bordes había un río infranqueable, por lo menos para los hombres. Al otro lado de ese río, hacia los puntos cardinales, era donde los egipcios colocaban las cuatro columnas, que, según ellos, sostenían la bóveda celeste.

Thales hace flotar la Tierra en el agua; Anaximandro le atribuye la forma de una piedra tallada como fuste de columna, pero se la imagina aislada en el espacio.

Pitágoras fué el primero que enseñó que la Tierra era esférica y situada en el centro del Universo. Encuéntrase en Aristóteles el argumento más contundente que los antiguos conocieron en favor de la redondez de la Tierra, a saber: que el límite de la

sombra proyectada por la Tierra sobre la Luna es siempre de forma circular.

Los antiguos, en lugar de expresar las latitudes en grados, como lo hacemos ahora, empleaban el clima. La palabra "latitud" se encuentra por primera vez en la Geografía de Ptolomeo.

La noción de "longitud" terrestre parece ser debida a Hiparco. He aquí sus propias palabras, conservadas por Estrabon:

"En el estudio de la ciencia geográfica tan útil no sólo al hombre de letras, sino también al hombre de mundo, no se puede dar un paso sin auxiliarse de las observaciones relativas a los movimientos de los cuerpos celestes y a los eclipses".

Hasta el siglo XVII los errores en Geografía eran enormes. Con el auxilio de los eclipses de Luna, Cassendi disminuyó en 200 leguas la extensión todavía admitida del Mediterráneo por la autoridad de Ptolomeo.

Otro error célebre, que tuvo una influencia considerable en los descubrimientos de Cristóbal Colón, fué la idea de que de las columnas de Hércules a la India, no había gran distancia. El célebre almirante no contaba más que 90° de longitud al Oeste entre las Canarias y el Asia Oriental. Si hubiera sabido que había realmente 200°, ¿se hubiera atrevido a formar el proyecto de su expedición?

He aquí a grandes rasgos el papel de la Astronomía en la historia del mundo.

Nace en el cerebro del hombre primitivo bajo la fascinación de la luz de las estrellas; le sirve de guía seguro a los fenicios en sus viajes en el Mediterráneo y a las caravanas en los desiertos asiáticos y en las solitarias mesetas de la América, cuando huían de las inundaciones de la Mesopotamia, de la invasión de los hielos y de los cataclismos debidos a la formación de las cordilleras del Himalaya y de las cadenas del Atlas africano. Ya en épocas de calma, en las noches serenas, cuando las estrellas lucen con magnificencia sin igual, despierta la imaginación de los hombres que piensan, y sugiere a los antiguos filósofos las primeras ideas sobre lo que es el universo, lo que es la Tierra que habitamos y cuáles son sus dimensiones.

La manzana hiriendo la frente de Newton le sugiere el descubrimiento de las leyes de la gravitación universal: el primer fósil encontrado por Leopoldo de Buch trae consigo el descubrimiento de la geología y el desarrollo de esta ciencia presenta la Tierra al hombre desde sus primitivas edades: al principio como inmensa corriente de lava, sin huella alguna que demostrara la vida más rudimentaria y bajo un cielo desgarrado por tremendos huracanes. Mas después

“la Tierra envejeció” (Wells). Un millón de años siguió a otro millón de años; los días se prolongaron; el Sol se distanció y se hizo más suave; la marcha de la Luna en el firmamento fué más perezosa; decreció la intensidad de la lluvia y de las tempestades, y el agua se acrecentó en los mares y se introdujo para lo futuro en la vestidura oceánica de nuestro planeta; y allá, en la plataforma continental, surge la vida en el fango, en la arena, en las aguas salobres caldeadas por la luz del Sol.

Las ciencias todas han avanzado, sin duda alguna, e íntimamente unidas ayudan al hombre en sus necesidades materiales e intelectuales.

Pero de aquí en adelante, en la vida científica como en la vida social, la asociación se impondrá cada vez más. Tal trabajo no podrá ser efectuado sino con la colaboración de un matemático y un físico, y tal otro exigirá el concurso de un químico y de un fisiólogo.

De una manera general, en el estado actual de nuestros conocimientos el porvenir está en la investigación colectiva y en el agrupamiento de esfuerzos juiciosamente reunidos, que de otro modo correrían el riesgo de permanecer estériles. A este respecto, las naciones en que el trabajo científico esté mejor organizado, tendrán una gran superioridad y el rendimiento de sus investigaciones será más considerable.

No hubiera sido posible a la Astronomía alcanzar el portentoso desarrollo actual sin la Geodesia, que al determinar las dimensiones de la Tierra, permitió a Newton el descubrimiento de las leyes de la gravitación universal.

Las primeras medidas de la Tierra se ejecutaron, sin duda alguna, a orillas del Nilo, e indudablemente allí nació la Geometría como una necesidad para reconocer los linderos de los campos cubiertos por el limo depositado por el río. La primera representación geométrica del suelo dió origen al catastro de los egipcios; y poco a poco se debieron representar gráficamente regiones cada vez más extensas y, al fin, países enteros. Se habla de un Faraón que expuso a la vista de sus súbditos una representación de los países sometidos por sus armas.

También se dice que los fenicios habían trazado mapas —que utilizaron también los griegos— por los cuales se guiaban en sus navegaciones y pudieron ir hasta más allá de los columnas de Hércules. Tales mapas no tenían meridianos ni paralelos, ni se señalaban en ellos con puntos fijos los límites de las comarcas ni las posiciones de los lugares; eran más bien cuadros que mapas.

Dicarco, discípulo de Aristóteles, geógrafo, filósofo e historiador, había hecho para el conjunto de la Tierra conocida una carta general que fué célebre en la antigüedad. Próximamente a igual distancia

de los extremos Norte y Sur había trazado una recta paralela al ecuador, dividida en grados a la manera de nuestras escalas, que marcaba la largura o longitud de la Tierra conocida. Como esta línea dividía el mapa en dos, recibió el nombre de diafragma, correspondía al paralelo de 36° de latitud y pasaba por Rodas. Había trazado igualmente una línea Norte-Sur, perpendicular al diafragma, que pasaba también por Rodas, y análogamente dividida en grados. Prolongada hasta los límites Norte y Sur del mundo entonces conocido, estaba en la mitad del mapa y correspondía a la anchura o latitud de la Tierra.

Así aparecieron los ejes coordenados; pero el mapa no era todavía más que un cuadro graduado, en el que los lugares estaban situados por sus distancias al diafragma y a su perpendicular, siempre valiéndose del corto número de latitudes determinadas, ya con el gnomón, ya por la observación del día más largo del año.

El empleo de las longitudes se ignoraba todavía, debiendo esperar hasta el tiempo de Hiparco para saber determinar esta segunda coordenada.

Estos mapas primitivos no estaban sujetos a ningún sistema regular de proyección, y, por consiguiente, no podían aparecer en ellos los diversos lugares conservando exactamente sus posiciones relativas. Se sabe, en efecto, que ni la esfera, ni parte de ella, son desarrollables sobre un plano; hay, pues, nece-

sariamente deformación cuando se quiere representar en un mapa, es decir, en un plano, un país de alguna extensión. De aquí la necesidad de inventar reglas a las que se ajuste esta deformación, a fin de poder pasar de las medidas tomadas en el mapa a sus correspondientes en la superficie de la Tierra; por consiguiente, toda manera convencional de representar así la Tierra o una porción de ella, constituye lo que se llama un sistema de proyección.

El más antiguo, a la vez que el más sencillo, es el ortogonal debido a Apolonio de Perga.

Hiparco inventó la proyección estereográfica empleada todavía, y como había ideado la determinación de las longitudes, se le llamó "el padre de la verdadera Geografía."

Los romanos emprendieron grandes trabajos geodésicos, cuya importancia reconocieron en la administración de su vasto imperio. Por decreto del Senado, Julio César ordenó que fuera medido todo el mundo romano (se entiende que se trataba de los caminos solamente) por hombres de la mayor habilidad y dotados de toda clase de conocimientos; y en efecto, una verdadera legión de geodestas y agrimensores se ocupó de este trabajo que duró 25 años, y fué tal vez dirigido por Agripa, yerno de Augusto.

La antigüedad sólo nos ha dado una medida seria de la Tierra, la de Eratóstenes, 230 años antes de J. C., que sirvió para dar a los geógrafos griegos

una idea bastante precisa de las dimensiones de la Europa y del Asia, en relación con las partes desconocidas del globo.

La primera medida de la Tierra hecha por los modernos es la de Fernel, médico de Enrique II, determinando las dimensiones de un arco de meridiano entre París y Amiens, sobre el cual se encuentran dichas ciudades.

En 1680, presenta Picard a la Academia de Ciencias de París, su célebre memoria que mereció la aprobación de Colbert, Ministro de Luis XIV, y sus trabajos pueden considerarse como el origen de la Geodesia, pues por primera vez se ven los anteojos con retícula figurar en los instrumentos de medida, centuplicando la precisión de las observaciones, y permitiendo agrandar los lados de los triángulos.

Siguiendo el ejemplo de Snellius, Picard cubre el meridiano de París a Amiens con una cadena de triángulos; mide con cuidadoso extremo una base en Juvisy que liga a la triangulación meridiana, y calcula el meridiano que atraviesa su triangulación. Picard demostró, además, toda la utilidad de su trabajo como base de un buen mapa de Francia. Se comprende, en efecto, que para impedir la acumulación de errores de detalle es necesario apoyarse en un caneavá de triángulos bien comprobados, que formen una red rígida a la que la topografía deberá estar supeitada.

Los teoremas de Huygens sobre la fuerza centrífuga hicieron pensar que la figura de la Tierra, girando alrededor de un cierto eje, debía ser aplastada en los polos y ensanchada en el ecuador; y en efecto, Júpiter, cuya rotación es más rápida, presentaba ante los anteojos de su época, ya bastante poderosos, un aplanamiento muy caracterizado. Newton, estudiando la cuestión en la hipótesis de una esfera líquida homogénea, demuestra que la forma que debió adquirir por la rotación es la de un esferoide cuyos radios polar y ecuatorial estuvieran en la relación de 225 a 230 o cuyo aplanamiento fuera $\frac{1}{230}$; pero aún hizo más, pues liga a la existencia de ese aplanamiento el fenómeno grandioso de la precesión de los equinoccios descubierta por Hiparco, 18 siglos antes.

La demostración de Newton era perentoria: con una Tierra esférica no habría precesión; con una Tierra alargada, la precesión se hubiera efectuado en sentido inverso.

Si la forma asignada por Newton a la Tierra era un hecho real, la longitud de los arcos de un grado de amplitud, debería ir creciendo del ecuador a los polos; y se esperaba con ansia los trabajos que a la sazón ejecutaba Cassini, que, por abarcar varios grados cuya extensión individual podía determinarse, servirían para comprobar la hipótesis de Newton; mas como desgraciadamente no fué así, pues el arco

comprendido al Sur de París dió para el grado 57097 toesas, y el comprendido al Norte 56960 indicando una figura del todo opuesta a la calculada por Newton, la confusión fué extraordinaria y el desconcierto universal.

Las teorías de Newton explicaban satisfactoriamente el hecho descubierto por el astrónomo Richer y que tanto había llamado la atención de los geómetras. Este astrónomo arregló un péndulo en París de manera que batiera el segundo, y al observarlo en Cayena vió que atrasaba más de dos minutos por día, fenómeno que podía explicarse aceptando que la pesantez disminuía al acercarse al ecuador por aumentar la distancia al centro de atracción, o a causa de la fuerza centrífuga o, bien, por ambas causas combinadas.

Para dilucidar la cuestión y poner fin a las discusiones que se habían suscitado entre los sabios de la época, la Academia de Ciencias de París, resolvió hacer un experimento definitivo, midiendo dos arcos de meridiano en dos lugares de latitudes muy distintas. Acogido favorablemente el proyecto por Maurepas, Ministro de Luis XV, se organizaron dos memorables expediciones, la del Norte, integrada por los Académicos Maupertuis, Clairaut, etc., y la del Sur, por los Académicos Bouguer, Lacondamine, Godin, etc., que dieron definitivamente el triunfo a Newton.

En 1735 la Comisión del Sur se dirigió al Perú, y después de algunos años de ímproba tarea, midió un arco de 3°7' cortados por el ecuador.

La Comisión dirigida por Maupertuis desembarcó en julio de 1736 en Tornea, ciudad situada en la desembocadura del río de su nombre en el extremo Norte del Golfo de Botnia. Como a ambos lados del río había elevadas montañas, aprovecharon circunstancia tan favorable para proyectar una triangulación. Midieron sus ángulos con un cuadrante de dos pies de radio, provisto de un micrómetro, observando los tres ángulos de cada triángulo, y midieron sobre el río una base que ligaron cuidadosamente a la triangulación. La parte astronómica consistió en determinar el azimut absoluto de una dirección por observaciones del Sol y con un sector zenital la diferencia de distancias zenitales por observaciones de δ Draconis, entre los vértices Kitis y Tornea, extremos del arco, habiendo obtenido por amplitud $0^{\circ}57'26''.93$. Aceptaron como distancia entre los paralelos extremos 55023.5 toesas, y después de rectificar la amplitud del arco y cerciorarse del error del sector, asignaron para la longitud del grado que corta al círculo polar 57 437.9 toesas.

Como los académicos que fueron al Sur encontraron para la longitud del grado que corta al ecuador 56 753 toesas, quedó demostrada, sin dejar lugar a duda alguna, la forma esferoidal de la Tierra.

A fines del siglo XVIII preocupaba poco la cuestión de la figura y dimensiones de la Tierra, pues eran éstas bastante conocidas para las necesidades prácticas de la Geografía, de la navegación y aun de la Astronomía. La creación del sistema métrico fué en esta época, motivo de nuevo progreso.

La unidad de longitud creada, el metro, debía ser la diezmillonésima parte del cuarto del meridiano terrestre, o de la distancia del polo al ecuador. Las medidas de la tierra hechas hasta entonces, hubieran bastado para dar la longitud del metro con toda la precisión necesaria; pero se quiso dar al nuevo sistema, en cuanto fuera posible, tal carácter de solemnidad, de universalidad y de rigor, que pudieran estas circunstancias contribuir a que lo adoptaran todas las naciones; de aquí que se decidiera la nueva medida del meridiano de Francia, prolongada al Sur hasta Barcelona. De este modo los puntos extremos tendrían la ventaja de hallarse al nivel del mar y a igual distancia del grado 45 de latitud, lo que haría la determinación del metro independiente del achatamiento, como se demuestra geoméricamente.

Lo que caracterizó la nueva medida fué el empleo del círculo repetidor y la extrema precisión obtenida en la medida de las bases, gracias a las reglas bimetálicas de Borda.

La Comisión oficialmente nombrada para estudiar los trabajos de Delambre y Mechain y deducir

la longitud del metro, aceptó para el arco de Francia una amplitud de $9^{\circ} 40' 25''$ y por extensión lineal 551584.7 toesas, la latitud del punto medio del arco siendo $46^{\circ} 11' 58''$; y para el arco del Perú aceptó por longitud lineal 176873 toesas, con una amplitud de $3^{\circ} 07' 11''$, siendo la latitud del punto medio $1^{\circ} 31' 00''$.

Desde 1730 y aun antes, se emprendieron varias triangulaciones, no solamente con un objeto científico, sino también para satisfacer necesidades económicas y militares.

Existían de largo tiempo ingenieros y geógrafos militares que habían levantado el plano de los países en que los ejércitos operaban; pero no se podían enlazar los materiales así recogidos, porque de la mayor parte de ellos no se conocía la escala. Hasta 1746, para la campaña de Flandes, se hizo el levantamiento de planos apoyándose en una triangulación. El trabajo fué encomendado a Cassini de Thury y dió lugar a la empresa del gran mapa de Francia, que quedó independiente del Depósito de la Guerra hasta 1793.

Las operaciones geodésicas del siglo XVIII fueron sobre todo operaciones francesas, y en las épocas en que se hicieron en el extranjero, adoptaron naturalmente la toesa de Francia como unidad, a fin de hacer sus resultados comparables con los ya obtenidos. En la primera mitad del siglo XIX se continuó haciendo lo mismo; pero entonces la metrología o

la comparación de las medidas no existía, y los patrones de la toesa francesa repartidos por Europa presentaban pequeñas discrepancias que, repetidas en toda la longitud de los diversos arcos, hacían éstos completamente discordantes.

Por otra parte, la Europa Central, dividida en pequeños Estados, sentía la necesidad de coordinar las medidas de arcos, a fin de darles la verdadera dimensión. Bajo la influencia de estas ideas, sostenidas por el General Bayer, el Gobierno prusiano organizó una "Asociación de la Europa Central para la medida de los grados" cuya primera reunión general tuvo lugar en Berlín, en octubre de 1864, en la que se reunieron representantes de Prusia, de diversos Estados Alemanes, de Austria, de Bélgica, de Dinamarca, de Holanda, de Italia, de Rusia, de Suecia y Noruega y de Suiza.

Más tarde, en 1867, por la adhesión de España y Portugal, la Asociación hubo de cambiar el nombre y tomó el de *Europäische Grandmessung*.

Francia entró en 1873 y en 1886 esta Asociación se convirtió en la Asociación Geodésica Internacional, a la que se adhirieron las naciones más importantes del Nuevo Continente: Estados Unidos del Norte, la República Mexicana, Argentina y Chile.

Esta respetabilísima Asociación, que sin interrupción se reunía cada tres años, para discutir los trabajos presentados por todas las naciones, sostenía en

Postdam, cerca de Berlín, una Oficina Central encargada de proseguir todos los estudios que interesan a la alta Geodesia.

Al publicarse en 1838 la gran obra de Bessel, comenzó una nueva era para la ciencia geodésica, pues el libro era un modelo de precisión, lo mismo que los trabajos que en él se refieren.

Hasta la época de Gauss y Bessel cada calculador discernía con su propio criterio cómo se emplearían y aprovecharían mejor las observaciones excedentes hechas en las triangulaciones que ejecutaban; mas el principio de los mínimos cuadrados demostró que a los ángulos observados podía aplicarse un sistema de correcciones que armonizara todo el trabajo.

De los trabajos modernos, merecen especial mención, además de los de Bessel que acabamos de citar, los de Inglaterra ejecutados por el Ordenance Survey; los de la India, empezados en 1802 por el Coronel Lambton y continuados por Everest y Gore; los de Rusia, ejecutados por Struve y Tenner, y los de Gauss, en Hannover.

La Comisión Geodésica Italiana comenzó sus trabajos en 1865, y los trabajos de los españoles empezaron en 1858, bajo la dirección del general Ibáñez.

En 1870, Perrier remidió el arco de Delambre y en combinación con los españoles quedó medido un

arco de 27° desde las Islas Shetland hasta el desierto del Sahara.

Los trabajos publicados por la Asociación Geodésica Internacional tienen un gran interés científico, y en ellos se encuentran consignados el saber y la experiencia de todos sus miembros.

Los elipsoides de referencia, de aceptación universal, son los de Bessel y Clarke. El primero fué determinado en 1841 por la discusión de 10 arcos de meridiano, abarcando una amplitud de 50°.6', con los siguientes valores numéricos:

$$a=6377397^m; \quad c = 6356079^m; \quad \text{aplanamiento} = \frac{1}{299}$$

El segundo lo fué en 1866 por la discusión de cinco arcos, el Inglés, el de la India, el Ruso, el del Cabo y el del Perú, abarcando una amplitud de 76°.6'; y dando:

$$a=6378206^m; \quad c = 6356584^m; \quad \text{aplanamiento} = \frac{1}{295}$$

A causa de la gran importancia de los arcos del Perú y de Laponia, el Gobierno de Francia ordenó la remediación del arco del Perú en 1899, y Rusia y Suecia el arco de Spitzberg. Sus amplitudes son de 6° y 5° respectivamente, y su importancia considerable por su situación.

Un gran número de arcos han sido medidos: el Franco-Inglés de la extremidad Norte del Desierto del Sahara a las Islas Shetland, con una amplitud de 28°;

el Ruso, desde la desembocadura del Danubio al Océano Artico, con 25° de amplitud, y el de la India Oriental, con 24° de amplitud.

Dos importantes arcos de paralelo han sido medidos: uno de 70° desde Valentia, Irlanda, hasta los Montes Urales a la latitud de 52° y el otro de 48°.8' de amplitud, abarcando todo el territorio de los EE. UU., del Atlántico al Pacífico, a la latitud de 39°. Ambos arcos acusan una curvatura más pronunciada que la indicada por el elipsoide de Clarke.

Merece especial mención el arco oblicuo medido por la Coast and Geodetic Survey, desde la Bahía de Fundy hasta el Golfo de México, cuyos trabajos fueron publicados en 1901.

Actualmente se han medido dos arcos: uno de 65°, que va desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el Egipto, con la posibilidad de extenderse a través del Asia Menor hasta unirse con los trabajos de los rusos, pudiendo así lograrse una extensión de 106°; y el otro, de 55°, desde las costas del Pacífico del territorio mexicano hasta el Océano Artico. Este meridiano divide en dos partes iguales el paralelo 39°, y tiene por longitud 98° al W de Greenwich. En la República Mexicana ocupa una extensión poco inferior a 11°, en los EE.UU. 22° e igual cantidad en el Canadá. Los EE.UU. y México han terminado ya su medición, dando cuenta de su trabajo en el Congreso Geodésico reunido en Hamburgo en

1912 (último Congreso antes de la Gran Guerra Europea) y en el de Roma en 1922 después de la guerra mundial. El del Canadá está aún pendiente.

El método de la medida de arcos para determinar la figura y dimensiones de la Tierra, es el más universalmente empleado, pero tiene el grave defecto de no poder utilizar todas las latitudes observadas, debiendo desecharse todas las que resulten afectadas de fuertes desviaciones de la vertical debidas a causas locales.

Mas ¿qué debe entenderse por fuertes desviaciones?

En los países de grandes llanuras como los EE. UU., tres o cuatro segundos parecen desviaciones normales; y en cambio, en regiones montañosas como nuestro territorio, ocho o diez segundos serían desviaciones normales.

Impresionados los geodestas americanos de la Coast and Geodetic Survey por tal arbitrariedad, trataron de darse cabal cuenta del fenómeno de las desviaciones de la vertical, para poder juzgar con criterio seguro si debían utilizarse o no, pues es evidente de los datos de observación si se desechan sin razón, falsean la verdad de los resultados, y las conclusiones a que se lleguen carecen de rigor científico.

Sin duda alguna las desviaciones son debidas a la atracción de las montañas, y calculando dichas

desviaciones, aplicando la ley de la atracción universal, el resultado debía diferir poco del obtenido por la observación que se deduce de la comparación de las coordenadas geodésicas con las astronómicas.

Las desviaciones calculadas no correspondieron ni en magnitud ni en signo con las observadas. ¿Qué pasaba? ¿Era posible tal aberración?

El geodesta americano Hayford, atendiendo a la sugestión de Pratt (el cual sostiene que debajo de las montañas y llanuras hay aproximadamente tanta falta de materia como abundancia en las alturas sobre el nivel del mar, y debajo de los lechos del Océano un exceso de materia casi igual a la falta que puede haber en la densidad del Océano, comparada con la de las rocas. De modo que la suma de materia en toda columna elevada hasta la superficie desde otra de nivel, que pase por debajo de la corteza, es casi la misma en cualquier parte de la Tierra), hace varios cálculos considerando las montañas desde el nivel del mar y a niveles inferiores, y encuentra que a la profundidad de 1,137 Kms. el cálculo de las desviaciones coincide con los datos observados, siendo un mínimo la suma de los cuadrados de las discrepancias.

La superficie de nivel así encontrada se llama superficie de compensación isostática, y se caracteriza por el siguiente hecho: cada elemento de masa está sujeto a presiones iguales en todas direcciones

como un flúido. Arriba de este nivel cada elemento está sujeto a presiones diferentes en diferentes direcciones, resultando, por consecuencia, tensiones y desalojamientos posibles.

La isostasia es, pues, el equilibrio hidrostático primitivo de los materiales sólidos sobre el magma viscoso interno, de tal manera que si se consideran dos columnas de igual sección, a partir de este nivel, terminando una de ellas al nivel más alto de las montañas y la otra al nivel del mar, las dos pesarían igual, lo cual exige que la densidad en la primera sea muy inferior a la segunda; y si se consideran, en conjunto, los continentes, es necesario suponerlos flotando, como inmensas boyas, sobre el magma interno de mayor densidad.

Como el geodesta Hayford había discutido las desviaciones en latitud, longitud y azimut, comprendió que era indispensable llevarlas en cuenta para la determinación de los elementos del elipsoide que mejor representara la superficie terrestre, y el método de cálculo ideado por él, lleva el nombre de método de las áreas, siendo, sin duda alguna, superior al de los arcos de meridiano, como fácilmente se comprende por el ejemplo siguiente, original del geodesta antes citado: Un obrero experto dispone de varios alambres que va colocando entre los puntos determinados por las observaciones astronómicas a lo largo de cada uno de los arcos. En seguida se le dice

que construya un elipsoide que se adapte lo mejor posible a la superficie determinada por los alambres antes colocados. El mismo obrero, en lugar de hacer uso de alambres, puede emplear una lámina flexible que hará coincidir con los puntos fijados astronómicamente; y luego se le pedirá que construya un elipsoide que se aproxime más a la superficie determinada por la lámina previamente colocada. Es claro que este método resulta más preciso que el anterior, pues no sólo comprende los arcos sino también el espacio entre ellos.

El geodesta americano Hayford calculó el esferoide que lleva su nombre, cuyos elementos son los siguientes:

Radio ecuatorial.....	6 378 283 m
Radio polar.....	6 356 868 „
Aplanamiento.....	$\frac{1}{297.8}$



Hemos visto que el primer supuesto acerca de la figura de la Tierra fué el de una inmensa llanura; la segunda hipótesis, fué la de una esfera. No satisfaciendo esta hipótesis a los hechos observados,

ni a las consideraciones teóricas más elementales, se supuso que la figura sería la de un esferoide o elipsoide de revolución; mas subsistiendo aún discrepancias, se buscó el elipsoide de tres ejes que mejor correspondiera con los hechos observados; llegándose, por último, a aceptar para figura de la Tierra la llamada "Geoide".

Comparando con un esferoide de igual volumen, el geoide tiene una superficie muy irregular: ya se eleva sobre la superficie del geoide, ya se abate sobre ella, cambiando siempre la ley de su curvatura en todo de acuerdo con la variación de la intensidad y dirección de la pesantez. Dondequiera que la densidad de la corteza terrestre es grande, el geoide se eleva sobre la superficie del esferoide abatiéndose en los lugares de débil densidad. Desde un punto de vista puramente científico, sería preciso conocer las leyes que originan su forma y su tamaño; desde un punto de vista práctico puede decirse que ni el esferoide ni el elipsoide, ni ninguna figura geométrica, pueden representar la figura de la Tierra, siendo sólo aproximaciones. El ovaloide que mejor representaría la Tierra, sería el que tuviera el mismo volumen que el geoide y cuya superficie se acercara lo más posible a la superficie geoidal.

Tal figura no podrá encontrarse hasta no tener mayor número de datos y más precisos que los actuales concernientes al geoide. Aceptando como

marcha general del geoide que se eleve sobre el esferoide en los continentes y se abata en los océanos, es evidente que, puesto que el área de los océanos es triple de la de las tierras, la intersección de las dos superficies tendrá lugar en el mar a cierta distancia de las costas, y como todos los trabajos geodésicos están reducidos a ese nivel, los elementos del esferoide deducido son un poco mayores que los que satisfaría la igualdad de volúmenes del esferoide y del geoide. El estudio de las propiedades matemáticas del geoide, resultando de la definición dada anteriormente, ha llevado al doctor Brüns a la demostración de que la figura matemática de la Tierra puede ser determinada independientemente de toda hipótesis, con tal que se tengan los datos siguientes:

1o.—Determinaciones astronómicas de latitud, longitud y azimutes en el mayor número de vértices.

2o.—Triangulación uniendo los vértices y comprendiendo bases medidas y ángulos observados.

3o.—Nivelación trigonométrica. (Distancias zenitales medidas con precisión).

4o.—Nivelación topográfica de precisión.

50.—Determinación de la intensidad de la pesantez.

Si alguno de los datos anteriores falta es indispensable hacer alguna hipótesis para la determinación de la figura de la Tierra.

Las conclusiones anteriores desprecian la circunstancia de que el geoide no es una figura fija e invariable. Los agentes de la dinámica externa ejerciendo su acción destructora sobre los continentes y acarreamiento del material a las cuencas oceánicas, tienden a uniformar la curvatura del geoide. Las fuerzas internas que producen lentas elevaciones y hundimientos en la corteza, alteran la superficie del geoide. Todas estas causas de alteración, sin embargo, son muy pequeñas comparadas con la producida por el movimiento de rotación del eje terrestre alrededor de su posición media en el período de 425 días. Debido a esta causa, las latitudes astronómicas, longitudes y azimutes, están sujetos a cambios periódicos, y la posición del geoide con relación al esferoide está constantemente variando, deduciéndose de aquí que el geoide, a causa de su inestabilidad, no es una figura de referencia conveniente en estudios y cálculos geodésicos, siendo necesaria la elección de una figura invariable para que sirva de apoyo, de punto de partida en las investigaciones y cálculos, pudiendo elegirse,

ya el esferoide de revolución, ya el elipsoide de tres ejes desiguales, su forma y dimensiones siendo determinadas con la condición de hacer un mínimo la suma de los cuadrados de las desviaciones que se presenten durante un ciclo completo de la rotación del eje terrestre.

Pedro C. SANCHEZ

MOTIVOS

VENTURA GARCIA CALDERON Y SU OBRA(*)

CUANDO un autor vivo se decide a publicar sus Obras Completas o sus Páginas Escogidas, parece que llama, de antemano, a la muerte. Este suicidio, como todos los otros de la vida real, lleva consigo el peor de los peligros: el de fracasar en la empresa. Un fracaso lamentable que atrae, más que el juicio, el desprecio; cuando no la compasión y la sonrisa. Si el escritor logra morir por su propia mano y es sepultado en el ataúd que le forman sus obras, se expone a la fatalidad de una crítica que ya no espera, sino que juzga definitivamente. Como en una pesadilla,

(*). *Ventura García Calderón, Páginas Escogidas. Con un estudio preliminar de Gonzalo Zaldumbide.—Agencia Mundial de Librería, París, sin fecha.*

sentirá que la muerte no ha apagado sus ojos, ni sus oídos ni su inteligencia. Solamente le impide accionar, manifestarse. Incapaz de movimiento, sin poder resucitar por un solo instante —como en un ataque de catalepsia—, se dará cuenta de que lo rodea un mundo de formas y de ideas vivas que no lo abandonan a él, seres angustiosos que le echan paletadas de tierra, a pesar de la muda protesta de sus labios cerrados y de sus ojos inmóviles.

El escritor dispuesto a lanzarse a esta aventura piensa quizás, antes que nada, en liquidar su obra, así como otros seres liquidan su vida. Esa obra, esa vida, han llegado a su madurez y son incapaces de superarse. Por lo mismo, hay que matarlas, para que el hombre y la obra puedan hacerse de nuevo, nuevos. ¿Esto es lo que ha pretendido Ventura García Calderón con la publicación reciente de sus *Páginas Escogidas*? El estudio de Gonzalo Zaldumbide, inserto al principio del tomo, parece querer fijar un valor definitivo con el estudio de conjunto del escritor peruano, y las notas bibliográficas de León Pacheco, situadas al final del libro, quieren ser totales, a pesar de que anuncian próximas publicaciones. Por otra parte, el plan de esta selección tiene un aspecto de catálogo. Basta ver en el índice las siguientes rúbricas: *Lirismo, Ficción, Crítica y Ditirambo, Periodismo y Recuerdos de Viaje, Polémica, Prólogos Escogidos*. Todas o casi todas las actividades de un escritor, están aquí representadas en varios grupos de preferencias.

Las *Páginas Escogidas* de Ventura García

Calderón tienen otro prólogo escrito por Gabriela Mistral. En él se le llama un "maestro americano del cuento". Sin que pueda negarse esta aseveración en lo que tiene de elogio, García Calderón es, para nosotros y más que otra cosa, un maestro de curiosidades, de cultura, de estilo. Por encima del nivel de una simple crónica, su prosa, de un mérito real, siempre comenta brillantemente, aún cuando relata. Sus estudios de crítica, tan interesantes, tienen una penetración rara en la literatura de Hispanoamérica. En cuanto a sus ensayos y crónicas propiamente dichas, su inteligencia, su espiritualidad, logran dignificar los asuntos y su buen gusto los apartan de lo trivial. La crónica es una flor que ha nacido en Francia y más precisamente en París; pero cuando García Calderón la cultiva, le da un nuevo aspecto que proviene, con seguridad, de su carácter de latinoamericano. Lo que en un francés es charla fina y elegante, en García Calderón es un pretexto para ironías amargas, entusiasmos trascendentes o elevadas disquisiciones. Por eso lo sentimos más cerca de nosotros, aquí en América, que al guatemalteco Gómez Carrillo, más francés que americano y, entre los franceses, más "causeur" que literato.

Como poeta, García Calderón sigue, con cierta sumisión, la corriente post-simbolista que se prolonga hasta nuestros días. Su libro "Cantilenas", casi desconocido entre nosotros, encierra, según creo, la totalidad de su producción lírica. Indistintamente en prosa o en verso, esas páginas dejan en el lector una impresión de poesía sencilla, sin engaños, bien lograda en su modestia. El que su autor

se decidiera a publicarlas no hace mucho, tras de largos años de ocultarlas, no creo que sea consecuencia de dudas inconfesadas sobre su valor. Pienso más bien en el pudor de un escritor de renombre que se decide a lanzarse por un nuevo camino, tal como lo haría un joven.

García Calderón tiene una suprema virtud de escritor que lo coloca, por sí sola, entre las grandes figuras literarias del Continente Americano: el estilo. Un estilo cálido, apasionado, moderno; un estilo de alta temperatura, ardiente de imágenes y de hallazgos de palabras; un estilo personal siempre atrayente, siempre lleno de convicción. El mejor elogio de un prosista es aquel que descubre en su prosa la poesía aun cuando ésta se encuentre ausente de la prosa. Ventura García Calderón es un poeta siempre, lo mismo cuando nos describe los días de asedio de París, que si nos transporta al Madrid de las verbenas o dicta su juicio sobre la obra de Rubén Darío.—*Enrique GONZALEZ ROJO*

MEDITACIONES DE UN IDEALISTA(*)

EL problema del teatro, que en todo tiempo ha apasionado los espíritus, tiene hoy una resonancia viva, actual y —¿me atreveré a decirlo?— casi patética. Más que el

(*). Luis Garrido, *Meditaciones de un Idealista*, Cultura, México, 1928.

problema de un género, más que el porvenir de un difícil camino del arte, lo que nos atrae en su resolución es el deseo, todavía mal definido, de aclarar un misterio de la existencia: el misterio de la ilusión.

Que un grupo de seres, amaestrados por la disciplina de una cultura, se dé cita a una hora, en un local, para contemplar el espectáculo de las pasiones que otros, libertados de ella por el privilegio del arte, encarnan y sufren, son hechos que sólo la repetición ha podido convertir en habituales. Sin embargo, toda la esencia del arte, su calidad intrascendente de juego, su misteriosa moralidad de experiencia personal dentro de otro temperamento están presentes a la hora de levantar el telón, duran mientras la comunicación del espectador y del espectáculo se prolonga, concluyen cuando el timbre del director de escena la hace rápidamente desaparecer.

Frente a este conflicto de nuestra psicología —que exige para su diversión la tortura de un personaje—, el mundo, superviviente del naturalismo, ha aprendido a pedir nuevas rutas de idealidad, nuevas y más preciosas y más artificiales mentiras. El libro que Luis Garrido dedica ahora al teatro procura hacerse un sitio entre estas teorías. Un poco tibio por la timidez con que las ensaya todas, acierta mejor cuando continúa a los autores que prefiere: a Gide, por ejemplo, que no cita sino una vez, pero que está presente en cada una de sus meditaciones.

*Espíritu que busca la inquietud de su época a través del pasado, evocándolo en el espejo de una cultura, Garrido ha hecho más que un libro de meditaciones —como lo promete el título— un libro de cartas. La carta es, en efecto, uno de los recursos más finos de la crítica. Ahorra las explicaciones —que entre personas que se entienden resultarían redundantes— y convierte al lector en un colaborador activo, en un verdadero corresponsal. Fruto del siglo XVIII —el siglo de *La Nouvelle Héloïse* y *Les Liaisons Dangereuses*— la carta ha conservado, aun en nuestros días, un poco del sabor clásico, galante y exquisito, de la época que la cultivó. Una conferencia demuestra demasiado visiblemente su contextura pedagógica, un artículo revela a cada momento sus tendencias ocultas, su erudición improvisada, sus finalidades polémicas. La primera quiere enseñar, el segundo intenta convencer. La carta, en cambio, no nace sino de un movimiento natural de expansión. Es el más legítimo y, a la vez, el más contenido de nuestros entusiasmos puesto que participa de la espontaneidad de la palabra pero se salva —por la precisión de lo escrito— de su vaguedad un poco irresponsable.*

Lo que aprecio desde luego en este libro de cartas sobre el teatro es el interés humano, honrado y directo —aunque, a veces, de peligrosos efectos románticos— con que Luis Garrido lo ha escrito. No me agrada tanto como

esta actitud la trama sentimental que lo organiza. ¿A qué el simulacro de esa muerte obligada de la carta final, si el autor había de reaparecer en la primera página del prólogo? El tono, además, se contamina de su emoción indiscreta y la pasión, que exagera el estilo en algunos ademanes oratorios, nos instala también dentro del clima de ese siglo XVIII convencional que insinuamos al principio. Si, pero no del siglo XVIII agudo y preciso de Laclós, en que termina el clasicismo, sino del siglo XVIII de Juan Jacobo, ideólogo y paisajista, en que los colores del Romanticismo que nace se diluyen a lo largo de un discurso henchido ya de ternuras frías y de términos abstractos.

Hechas estas reservas, que no son un reproche al libro sino, acaso, una definición del espíritu con que su autor lo ha realizado, la impresión general que nos deja su lectura es la de una inteligencia muy clara de los problemas esenciales del teatro vivo, así como el recuerdo de una erudición crítica tan escogida como numerosa. No todas las opiniones de este género nos convencen. Acerca de la superioridad de Ibsen sobre Shakespeare, por ejemplo, que Luis Garrido da por aceptada en una de sus cartas, un corresponsal un poco estricto podría pedir más explicaciones y, aun después de recibidas, discrepar muy justamente. Pero la calidad del conjunto corrige con oportunidad estas diferencias y su intención nos ayuda desde luego a olvidarlas.—Jaime TORRES BODET

VIDA DE CORTES (*)

M. Jean Babelon, de la Biblioteca de París, traza con la riqueza viva de los colores de Delacroix, la biografía del conquistador Hernán Cortés en un volumen de la colección que la N. R. F. dedica a la soledad de las biografías, atento el fino oído comercial a las nuevas preguntas del gusto y de la inteligencia. La vida interior, personal, de los artistas —Goethe, Montaigne, Liszt, Stendhal—, la vida exterior, activa, de políticos y guerreros —Cortés, Enrique IV, Talleyrand, Disraeli— completan el espíritu antológico de la colección en la medida máxima del hombre.

La vida de Cortés —ejemplo magnífico del Renacimiento— evoca el recuerdo de los héroes de la tragedia griega. En lucha con los dioses, ajustando sus pasos al metro de la epopeya, resuelve el drama —la lucha entre el hombre y el destino— renovando siempre la acción dominadora sin dejarse vencer por el renunciamiento místico, sin alcanzar tampoco el arrebató de la alegría Bethoviana. Cortés es un héroe absolutamente humano. El deseo de crear y de imponer su norma a pesar de los dioses —móvil de las grandes vidas y de las obras eternas— adquiere, en Cortés, un modo espectacular en esa lucha contra pueblos desconocidos, misteriosos, protegidos por ajenos dioses; es más teatral, desde lue-

(*) *La vie de Fernand Cortés par Jean Babelon. N. R. F. Lib. Gallimard. 1928.*

go, que la lucha interior del místico y del artista y más que la del guerrero (Napoleón) o la del político (Disraeli) que luchan con mundos conocidos. El enemigo de Cortés es un "Hamlet exótico": Moctezuma. Los pueblos por conquistar provienen de una cultura completamente ajena a la cultura del Conquistador.

Bien documentado, con propósitos de síntesis histórica, el biógrafo describe la vida de Cortés desde su aparición en Cuba, cerca de Diego Velázquez, hasta su muerte en Castilleja de la Cuesta siguiendo con más fidelidad los textos de las Cartas de Relación del conquistador y la Verdadera Historia de Bernal Díaz, que los apuntes del Padre Las Casas que le parecen sospechosos. Su prosa descriptiva, pintoresca y sensible reconstruye, un poco a la manera del Flaubert de Salambó, los hechos reales y los imaginarios de la conquista realzando, sobre todo, el paisaje de la crueldad indígena como fondo propicio para el engrandecimiento de la figura del biografiado.

Atento a la visión de la conquista como gran espectáculo, sin penetrar mucho en el espíritu de los personajes, salvando, sabiamente para sus fines, los puntos históricos oscuros que proyectan sombra en la figura de Cortés, como si los defectos no completaran las virtudes del hombre para la biografía, J. Babelon, espíritu europeo, adereza el drama exagerando con horrorizadas descripciones, los ritos sanguinarios de los aztecas frente a los ídolos labrados "de una obscena barbarie" —los mismos que, pensamos, se conservan en los museos como joyas de arte— oponiendo a los conquistadores un pue-

blo refinado, decadente, sanguinario y antropófago bajo el reinado de "ese Luis XIV de los trópicos" —Moctezuma— que como dice Bernal Díaz del Castillo "comía niños tiernos" en una ingenua remembranza de los cuentos de su niñez. (Recuérdese que en la vejez escribió Bernal su crónica y que el esfuerzo de la memoria de este Proust primitivo de la conquista enaltece sus virtudes literarias a costa de la verdad histórica).

Creemos, porque no es nuestro propósito hacer rectificaciones históricas, que la habilidad del pintor, para descubrir el fondo conveniente a la grandeza del retrato en un libro literario de este género, escogió —¡qué mejor escenario para encuadrar en su dominadora belleza la silueta viva del conquistador!— el oscuro paisaje de *t e o c a l l i s* estriados de sangre en donde los sacerdotes con diabólica indumentaria, cortadas las orejas, largos los cabellos, humeante en sus manos el cuchillo de piedra sacrificador se reparten los cuerpos de los sacrificados en canibalesco banquete, desatendiéndose de la organización moral de los aztecas y del gran enemigo, Cuauhtémoc, que en contradicción con el espectáculo cortesano y fanático del Emperador Moctezuma —la más cortés víctima de Cortés— salta orgulloso, seguido por su pueblo a la defensa de los bienes de este mundo que Moctezuma, con profundo espíritu místico, se dispuso a perder.

Tienen tal importancia en la vida de Cortés las vidas de sus enemigos que su biografía tiende a convertirse, además, en la biografía de Moctezuma y de Cuauhtémoc. Por otra

parte su actividad, traducida en hechos exteriores, es de tal modo característica de su existencia que, se advierte en el libro comentado, no llega a darnos el retrato profundo siendo muy superior el relato de sus acciones a la interpretación subjetiva del héroe extremeño, como es inteligente la interpretación de Moctezuma por encima de la de Cuauhtémoc.

En aquella lucha de fanáticos —indios y españoles— Cortés no es un fanático. En él superan las virtudes políticas, el don de observación, la inteligencia, el valor decisivo y la caballerosidad. Posee el don personal del caudillo, el *m a g n e t i s m o* del héroe en acción. La presencia de su persona física es de gran importancia en el desarrollo de los acontecimientos. A su vista enmudecen las lenguas de los conspiradores; baja los ojos el monarca azteca; se rinde Doña Marina hasta convertirse en talismán de sus ambiciones. Cortés no convence, se impone con las fuerzas de la inteligencia y el carácter. Por eso los indios recuerdan todavía a Vasco de Quiroga y no tienen noticias de Cortés que dejó a los misioneros la otra conquista —la trascendente— por el convencimiento y el ejemplo. Su presencia lo fué todo. Héroe de la *Iliada* protegido por los dioses, al grado de ser, también, por las *Cartas de Relación*, el *Homero* de sus glorias.

El regreso de la expedición de Cortés a Centro América ¿no evoca la grandeza del retorno de Ulises a Itaca? Avisado Cortés de la defección de los Capitanes que dejó en México al frente de la colonia regresa herido, cansado, a marchas forzadas. (El hogar de Ulises ocupado por sus enemigos que celebran su muerte). Cortés llega de incógnito a Mede-

llín (Veracruz), entra en la iglesia, viene tan extenuado que el sacristán no le reconoce (Ulises en casa del porquero). Hace avisar a sus amigos de México su regreso y como solamente sus manos tienen fuerza para conservar unidos a los conquistadores —(el arco de Ulises)— huyen sus enemigos y cuando Cortés se acerca a la ciudad es recibido con entusiasmo, como dueño y señor, en esta nueva conquista de sus dominios.

Cortés, el político, que domina a los tlaxcaltecas y a Moctezuma; Cortés, el guerrero, vencedor de Cuauhtémoc y el inquieto explorador que triunfa sobre la naturaleza virgen de Tabasco y Campeche; y el ambicioso descubridor que en los últimos años de su vida arruina su fortuna organizando nuevas expediciones, son los aspectos de la ejemplar vida renacentista que brillan en la biografía de J. Babelon. Continúa en la oscuridad el Cortés íntimo, el enamorado seductor de Catalina, de la Malinche, de Doña Juana de Zúñiga, su última esposa, envidiada por las joyas que recibiera del conquistador; el Cortés fiel a la amistad de Sandoval —Patroclo de este Aquiles—; el hombre, vencido, que llora la derrota como se dice en el romance:

En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado.
Triste estaba y muy penoso,
Triste y con gran cuydado,
Una mano en la mexilla
y la otra en el costado.

Napoleón tuvo a su servicio a todos los grandes pintores de su época, después se ha investigado, minuciosamente, todos los actos de su vida. El retrato está hecho.

La mejor vida de Cortés, vista en el alto-relieve de la Conquista, la escribió él mismo, completándola, con la ingenua malicia de sus experiencias, Bernal Díaz. Su vida merece, ahora, una interpretación profunda, que nos permita distinguirlo, aún más, por encima de sus amigos —los Capitanes de la conquista— y de sus enemigos, —los Emperadores aztecas—. *Bernardo ORTIZ DE MONTELLANO*

OBRAS DE SIGUENZA Y GONGORA

LA Sociedad de Bibliófilos Mexicanos acaba de publicar, en un tomo, cuatro de las principales obras de Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Las obras reimpresas, con cuidado digno de elogio, son: Teatro de Virtudes Políticas; Trofeo de la Justicia Española en el Castigo de la Alevosía Francesa; Relación de lo sucedido a la armada de Barlovento, a fines del año pasado y principios de éste de 1691; y Piedad Heroica. Precédelas un estudio biográfico debido a la pluma de Don Francisco Pérez Salazar, que resume cuanto se ha escrito acerca de tan ilustre personaje.

Imagino que es ocioso ponderar este novísimo afán que quiere esparcir, aunque sea dentro de pequeño círculo, los

escritos de nuestros mejores ingenios. Es un hecho en principio tan loable que, por su misma evidencia, debiera excusar todo comentario. Pero hay un punto que es preciso señalar porque de su entendimiento dependen muchos frutos. Así pregunto: ¿basta con enriquecer 250 bibliotecas y ordenar las fichas históricas de un erudito para dar por satisfecha la ansiedad de nuestros bibliófilos? Contentarse con esto ¿no es desperdiciar la ocasión que pudiera emplearse en analizar, por partes siquiera, la arquitectura de nuestro edificio literario? Porque, a decir verdad, tenemos la crónica, el anecdotario de nuestros escritores; la cronología de sus producciones, pero carecemos de la historia, del sentido filosófico de nuestras letras; es decir, del documento que refleja la formación, deformación, enmienda y complejo desenvolvimiento de nuestros valores espirituales. Los manuales de literatura que andan por allí responden más bien a razones de índole pedagógica que a normas de crítica y análisis. Huelgan los ejemplos: Pimentel, Vigil, Jiménez Rueda. Sólo ciertos estudios aislados, aislados y breves, ahondan tal cual problema *v. gr.*: Toussaint, estudiando a Sor Juana; Reyes a Othón; González Peña a Fernández de Lizardi; José Gorostiza a López Velarde; Francisco Monterde a Gutiérrez Nájera, y alguno otro.

De este modo cualquier trabajo moderno de síntesis o de simple revisión de valores tropieza con el escollo, a veces insuperable, de la falta de elementos técnicos para enderezar el juicio definitivo que se apetece. Se pierden muchas páginas ¡qué digo, muchas páginas, libros enteros! para de-

terminar de un modo ocioso, si Don Fulano fué amigo o enemigo del autor que se e s t u d i a , y se relega a segundo término, o se deja para segunda mano, el estudio de la cultura de éste. Y así se van repitiendo, como verdades comprobadas, las más absurdas sentencias. Al cabo de los días el estudioso no sabe si tomarse la molestia de rebatir tanta falsa doctrina o empezar de nuevo.

Sigüenza y Góngora es un caso típico. Sus obras yacen casi en el olvido y el entendimiento que merece, aun de los iniciados, no siempre es legítimo. Andrade "que sólo por noticias conocía las poesías de nuestro autor," aseguró que no fué gongorista. Pimentel que las conocía sin entenderlas, le pareció que sí era gongorista. Otro escritor, catedrático y modernísimo, asegura que su estilo es de "un brillante clasicismo." Ha habido quien diga que Lizardi es "el precursor de la literatura contemporánea". Y así, otros pareceres, más bien caprichosos. En esto del gongorismo —digámoslo por vía de advertencia— muy bien dijo don Américo Castro, al estudiar el caso de Lope: no es lo mismo ser g o n g o r i s t a que g o n g o r i z a r . Son estos términos específicamente distintos: el primero está en la médula, se impone contra la voluntad del escritor; el segundo aparece esporádicamente, como por juego, conscientemente. ¿Cómo podría ser g o n g o r i s t a Sigüenza y Góngora si —como Sor Juana— carecía de la más mínima idea de la naturaleza; si prescindía del sentido del movimiento, de la acción, de la mecánica y del color de que está preñado aquel Góngora cordobés? Sigüenza, además, escribe 60 años des-

pués de que culmina el gongorismo puro, el estilo barroco. Los modelos que encuentra son una amalgama de culteranismo externo, de piel y de un conceptismo que suple la debilidad de su impulso espiritual con un afán doctrinario. El producto de este maridaje hace abortar a las mentes de mejor equilibrio. Por otra parte ¿no es prudente recordar la presencia de las teorías de Boileau? Su *Arte Poética* con aquellos sus principios: "aimez donc la raison: que toujours vos écrits empruntent de elle seule et leur lustre et leur prix..." ¿no determina la razón de la aridez, del abuso del elemento e n t e n d i m i e n t o , que se esparce en la poesía de aquella época?

Por otra parte ¿por qué se calla el significado de Sigüenza anticipándose en cierto modo, con sus *Anuarios*, a los *Pronósticos* que en España publicó Torres de Villarroel? Corrientes intelectuales y científicas aúna a los ingenios de la península con los que produce la Nueva España. El estudio de nuestra cultura anda disfrazada con los escarceos de gente sin preparación que se detiene en el reportazgo de los problemas puramente civilizadores. En lo hondo de nuestra constitución étnica está la clave de quién sabe qué coincidencias fecundas para la interpretación de nuestra raza. Sigüenza es un criollo por su nacimiento y también por su arte. Pero esto último siendo verdad, carece todavía de demostración.—E. ABREU GOMEZ

PRUEBAS DE NUEVA YORK (*)

JOSE Moreno Villa, tras mil dudas y contradudas, luego de tejer y destejer cien veces la tela de sus indecisiones, con una sonrisa cansada en sus labios finos y en su actitud total un airecillo resignado de "Dios dirá," dejando un cuartito pulcro, perfumado en horas serenas de buen tabaco rubio, abandonando libros y pinturas, notas críticas inconclusas, poemas faltos de solución, amigos de todos los días y hábitos de todos los instantes —lo que ha llenado hasta este momento su vida ejemplar de disciplinado residente—, se embarca rumbo a Norteamérica llevando como estimulantes mil deseos difusos de los cuales se habrán de cumplir unos y habrán de diferirse otros para seguir normando, en vago y angustioso apremio, la obra y la vida del poeta.

José Moreno Villa volvió de Nueva York soltero, recién soltero, como él gusta decir, ya que Juan Ramón afirmó su retorno a España de la misma nueva ciudad en líricas anotaciones de poeta recién casado.

Volvió de Nueva York Moreno Villa, ni contento ni alegre, sin afirmar ante sí mismo su propio juicio acerca de la buena o mala fortuna que para sí tendría su indecisión última, con un libro en ciernes, que su delicada cortesía, tan negada a la afirmación decisiva tituló después: *P r u e b a s*

(*) *J. Moreno Villa, PRUEBAS DE NUEVA YORK, Espasa-Calpe, Madrid, 1928.*

de Nueva York. Pruebas, mas no impresiones que si bien no ha pretendido hacer el libro de Nueva York tampoco querría satisfacerse con una mancha colora, por muy gentil y cargada de aire ambiente que sea.

Seis semanas de Nueva York, sometido, naturalmente, a las reacciones sentimentales correspondientes a su situación de prometido que no cumple su voluntad, permiten, sin embargo, a Moreno Villa, hacer observaciones finas, curiosas, originales, levemente irónicas, que su prosa aguda, moderna liga en la trama de una filosofía sin ambiciones, para su espíritu cansado, nutrido de lecturas, incapaz de eludir la previa dubitación amiga frente al hecho real de súbito apareamiento.

En los mil obstáculos de matiz práctico en que tropieza en Nueva York su condición de forastero amigo de la vida rítmica, fácil y ordenada, José Moreno Villa encuentra tema conveniente sobre qué apoyar su fina gracia malagueña. La vida práctica y la vida sentimental consideradas atentamente como claves vitales, sirven al escritor para establecer graciosos paralelos entre el hombre europeo meridional y el hombre norteamericano. "Los celos no se venden —dice— en los estancos, no se hallan tan al alcance de la mano como en España y el resorte de las emociones se halla también en otro sitio, no parece en el corazón". "¿Por qué no decir que el miedo al fuego es una característica anglo-sajona y que tanto se teme aquí al fuego material como al sentimental?" "Todas las casas tienen escaleras de escape para burlar el

fuego y todas las personas deben estar provistas de ese concepto inglés intraducible llamado *good sport* que sirve para resbalar sobre el fuego sentimental para burlar el dolor." Todo el libro responde a esta ley de contrastes, juega vivamente a la atinada comparación de los contrarios o dispares.

Bien presente está José Moreno Villa, nuestro conocido y querido amigo, en esta prueba de Nueva York. Diríase que el juego de las circunstancias sentimentales le llevó al trance de ofrecer, como reacción contra la inminencia de mengua en que se halló su libertad, toda su capacidad crítica, todo el entreverado ardor polémico a que dentro de sí se entregan los temas puestos a su juicio. El hombre y la mujer en la medida de su relación y dependencia juegan constantemente, contra su voluntad acaso, en el desfile y lucha en que hechos y cosas características de la gran ciudad aparecen en estas notas aprendidas rápidamente y cuidadas y retocadas más tarde con fina paciencia ejemplar.

El hombre y la mujer, su vida en común, su vida de relación, su mutua exigencia, el cierto "emblema igualitario inventado por ella o por él que manifiesta el alza femenina y la baja del hombre" y frente a ese tipo de realidades norteamericanas —¿no revelará ella su indecisión última?— su puro amor de independencia exacta, el respeto a su intimidad a que fué fiel su vida entera.

¿Incompatibilidad total siempre con el medio recién conocido? Con frecuencia no, a veces, en diferentes veces, coincidencia de voluntades, mas, con frecuencia, algo peor, más agobiador y angustioso: ni un momento de efusión ardorosa

¡jamás, jamás, el nonnato cónyuge se entrega al goce apasionado o al desdén ciego! Duda previa, hervor contenido, castigo de la palabra atropellada, ordenación perfecta, temperatura fría, tonificante y exigente.

Cuando alguna vez la discrepancia abra un poquito la expresión del comentarista, éste sabrá llamarse a razón, recobrar prudentemente el señorío, revisar el camino andado, tranquilizar con reposados ademanes al corcel imaginativo, excitado e irreflexivo.

Faltaba este libro en la lista de obras de José Moreno Villa, autor de ambiciones tan variadas, de disciplinas tan dispares y de las que forman parte cuentos, poemas, comedias, críticas de arte, traducciones, prólogos a clásicos, todo ello sin contar sus aficiones de pintor, a las que si ha de ser su autor sincero, acaso por negarse su entrega con más fuerza que las antedichas labores, es más devoto que a ninguna. Estas pruebas escritas, van acompañadas de anotaciones gráficas, que no siempre logran por sí según la ambición del autor expresión de valor perfecta. Si la falta de criados o la estrechez de los intereses domésticos suscitan en el hombre gustoso del confort amable, observaciones del fino humorismo; si la angustiosa y apremiante opresión de la rapidez y la distancia encuentran en el andaluz de lentos ademanes señores protestas bien justificadas; si la diversidad de enseñanzas de las universidades americanas suscitan en el universitario español entusiasmos de expresión difusa; Nueva York, su plástico ofrecimiento, no consigue ser recogida por el pintor, deseoso de expresión moderna, sino en arabescos

anquilosados, inertes, reducidos por impotencia manifiesta a referencias sin valor.

¿Qué exposición pictórica, qué libro, qué contradicción intelectual pretenderá poner de acuerdo, sin rapidez ni destemplanza, este fino espíritu español? Nosotros lo recordamos, lo advertimos como presente, desde este México, ardoroso, un poco desdeñoso de la precisión y de la enmienda, trazar, en el Madrid de tono escéptico y amable, entre delicadas estimaciones e incalificables olvidos, sin detención y atropellamiento, bien atento a su propio gusto, obras y obras de la más diversa expresión, participadoras en todo de la personalidad compleja viva, permeable, de su creador y maestro. Y nuestra admiración auténtica por el amigo ausente y nuestro entusiasmo capaz de la admiración injusta, necesitaría siempre del elogio sin restricción si el gesto ponderado y la crítica moderada del amigo de tanto tiempo, no nos impusiera prudencia, ambición medida ansiosa de mayor certeza.

De este libro reciente, tan lleno de claro interés total, hará bien destacar aquí unas palabras dirigidas a los intelectuales europeos, principalmente a los hispanos, embarazados de remilgos, de vanidades, de temores, exhaustos de ansia de aventura, palabras que parecen haber estimulado, antes de formularse, la decisión vital que hubo de despegar de las costas de Europa a Moreno Villa, el indeciso: "ir a Norteamérica —dice— no es una *E m p r e s a* para hombre alguno. Para el español sí". Y después: "Vale la pena el oro tanto como el oro, si no más. Y pelarse a bordo las greñas de los siglos, y zambullir catedrales, monumentos, historia,

en las aguas atlánticas, aunque sea por seis semanas, término frecuente para ingleses y norteamericanos”.

¡Qué bien se ven estas palabras escritas por un español! ¡El ansia renacida de cubrir distancias, el desinterés, la avidez por la aventura limpia, el desdén o la indiferencia por el oro de América, el ansia de conocimiento directo, la ausencia de pavor ante un paseo marítimo de ocho días con sus correspondientes riesgos! ¡Que aprendan nuestros españoles preclaros de Moreno Villa el reflexivo, el indeciso, el espejo de timidez! ¡Allí está la hazaña! Fué a Nueva York, y, siendo pobre, no necesitó para ello “la oferta sencilla de los dólares suficientes para ir, vivir, ver, y comprender y regresar.” Porque lo del amor... bien puede verse que fué tan sólo estímulo para el viaje, por como sobre los accidentes que a él corrieron emparejados permitieron al admirado amigo, en sólo unas semanas, observar con tanta atención tantos matices estimables, por como dejaron al poeta ensayar graciosos conatos irónicos de fina psicología social.—G. GARCIA MAROTO

HENRIQUEZ UREÑA, HUMANISTA MODERNO

LOS dedos de una sola mano bastan para contar los hombres de América que han dedicado desde hace veinte años lo mejor de su inteligencia, su más aguda sensibilidad

y vigilancia a vivir los problemas del arte, haciéndolos suyos por un momento siquiera, buscando o encontrando soluciones, impregnándose de lo mejor de estas aventuras del espíritu para regalar después sus afirmaciones o sus dudas, sus investigaciones, sus hipótesis críticas. Pedro Henríquez Ureña es uno de ellos. Sus libros no son más que una porción de su obra, acaso la más depurada, nunca la más profunda y viviente. Cumplida como una función vital, como el ejercicio de una respiración acompasada y en relación con las diversas atmósferas que le ha tocado inspirar, su obra no se hallará en un lugar sino en muchos. El curioso inteligente tendrá que buscarla no sólo en sus libros sino en su correspondencia, en las notas de su cátedra, en el recuerdo de sus conversaciones y en las marcas de su influencia. No es una ilustración retórica comparar la obra de Henríquez Ureña a una función respiratoria. Sólo una función constante —cuya interrupción momentánea pondría en peligro la vida— estudiada, controlada, alcanza la economía intelectual para la actividad incesante y el poder de inteligente aventura de este hombre consagrado a señalar lo mejor de las actitudes literarias más antiguas y a respirar las suaves atmósferas que otros pulmones menos ejercitados encuentren infranqueables. Todo ello con la libertad que parece ser regalada herencia en el europeo y que en el americano es puerta estrecha, pasaje de dura y definitiva prueba. Conseguida libertad de quien ha ordenado los impulsos e instintos con la regla de una disciplina, de una razón armoniosa.

Inspirar es aspirar y, al mismo tiempo, soplar e infun-

dir. También en este sentido y sobre todo en este sentido, la obra de Henríquez Ureña es una inspiración. Sopla e infunde ideas, conclusiones, designios, invita a la acción e incita a la duda. Hablar con él, leer sus obras, considerar sus cartas o contestarlas es siempre un incentivo, una invitación a poner en juego los resortes del espíritu.

Santo Domingo su patria, La Habana, México, Buenos Aires y La Plata, saben de su presencia y recogen el fruto de sus trabajos de investigador erudito, de ordenador de la historia literaria. También conocen la solidez de su crítica sostenida no sólo por un gusto excelente sino por un criterio de moderno ensayista filosófico. De su viaje por España, iniciado sin duda en torno a su biblioteca de Santo Domingo, realizada más tarde, salieron libros suyos esenciales para su conocimiento: La certificación irregular de la poesía castellana que lo asegura como un perfecto conocedor de la evolución poética española, las excelentes Tablas Cronológicas de la literatura Española gobernadas por el pulso firme de una mano a un tiempo flexible para alcanzar y detener lo más vivo y actual de una literatura e inflexible para rechazar los falsos valores, y un libro libre: En la orilla-Mi España, de notas de viaje personales y agudas, de estudios sobre la literatura y artes plásticas y musicales que aseguran la firme calidad de un espíritu que sabe tocar con lucidez y desembarazo los temas más diversos, sin dar lugar un momento a la dispersión y al desmayo de la inteligencia.

La actuación de Pedro Henríquez Ureña en México tiene

una importancia plural, dirigida no sólo a la erudición y a las investigaciones de nuestra historia literaria sino a órdenes de teoría pura y libre. Su conocimiento de nuestro pasado literario es de tan buen precio que ningún historiador de nuestra literatura podrá desatender sus juicios sin cometer una injusticia o una ligereza. Su estudio sobre Juan Ruiz de Alarcón le sirvió para intentar una definición del carácter de la poesía mexicana encontrándolo en el sentimiento velado, en el discreto tono crepuscular opuesto a la elocuencia de otras literaturas hispanoamericanas. Esta teoría penetrante y justa ha hecho fortuna. El mexicanismo de Alarcón, su diferencia última con los autores dramáticos de su tiempo ha sido comentado frecuentemente "en todos los países donde interesa la historia de la literatura de lengua española". ¿Cómo señalar, pues, con la ficha de erudito a un hombre que ha tocado un registro esencial de todo el espíritu de una literatura? ¿No es terrible —me escribe el propio Henríquez Ureña—, que la simple cultura se llame entre nosotros erudición? ¿Y que la verdadera erudición se llama manía?" No obstante, la prisa perezosa se conformará con seguir llamando erudito a un humanista moderno dotado del sentido de la filosofía crítica, franco enemigo del irracionalismo y profundo conocedor de literaturas sajonas y mediterráneas.

Si a un lado suyo o bajo su sombra algunos jóvenes de México creyeron encontrarse en la erudición, no es culpa de Henríquez Ureña. El quisiera para los escritores de Améri-

ca una disciplina que apacigüe el grito tropical y obligue al escritor a una ascensión pausada, enemiga de saltar escalones. Sobre todo esto, me escribe: "No creo que mi influencia —such as it is!— haya sido en el sentido de la erudición". Y refiriéndose al grupo de mexicanos que buscaron su influencia en vez de encontrarla, añade: "Buscaban la erudición y se acercaron a Alfonso Reyes y a mí considerando que éramos los únicos que veíamos la literatura española antigua con ojos nuevos". Estas palabras nos dan una certera fórmula de Henríquez Ureña: Un hombre dueño de varios siglos de cultura y unos ojos nuevos para verla.

Alfonso Reyes, hablando de su influencia en el Ateneo de México, ha escrito: "En lo íntimo, era más honda, más actual, la influencia socrática de Henríquez Ureña. Sin saberlo, enseñaba a ver, a oír, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pensando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia. Era, de todos, el único escritor formado, aunque no el de más años. No hay entre nosotros ejemplo de comunidad y entusiasmo espirituales como los que él provocó".

Parecerá increíble que una porción de escritores americanos confunda a un inspirador con un simple coleccionista de documentos literarios. Pero la regla parece ser inflexible. Cuando de Henríquez Ureña se trata lo clasifican erudito. Pero en América no se ha pensado lo bastante en las necesidades espirituales del escritor y del artista. Henríquez Ureña erudito es, ante todo, un humanista, acaso el ameri-

cano más viviente de sus años. Y su nuevo libro (*) de orientaciones, figuras, caminos y problemas americanos, llega a confirmar esta afirmación.—Xavier VILLAUERRUTIA

CARLOS CHAVEZ, COMPOSITOR

CARLOS Chávez es uno de los mejores ejemplos que conozco de compositor absolutamente contemporáneo. Sin tratar conscientemente de ser "moderno", pertenece a nuestra época, no sólo porque pueda, a veces, idear ritmos intrincados, porque prefiera la escritura lineal a la vertical, o porque componga ballets en lugar de óperas. Estas cosas no constituyen por sí mismas la música moderna. Chávez es esencialmente de nuestros días, porque usa sus dotes de compositor en la expresión de la belleza objetiva de significación universal, mejor que en los medios de mera expresión personal. Para él, componer es una función natural, como comer o dormir. Su música no es un sustituto de la vida, sino una manifestación de la vida. Con ello evidencia la completa bancarrota de los ideales germánicos que tiraron a la música por más de cien años. La música de Chávez no propone problemas ni metafísicas. Es saludable, clara y limpia, sin sombras ni blanduras. Es ésta, si alguna vez ha existido, música absoluta.

(*) *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Babel. Buenos Aires, 1928.



Chávez pasó los años de aprendizaje en la ciudad de México, donde nació. Empezó a estudiar el piano a la edad de once, con una hermana suya, pero nunca quiso aceptar profesor de armonía ni de contrapunto. Leyó solo los libros de teoría, los comparó críticamente, examinó la verdad o la falsedad de sus reglas. Con instinto de autodidacta, rehusó guiarse por lo estatuído y hasta hoy usa su propia versión simplificada del signo convencional de la llave de sol. Un detalle, ciertamente, pero revelador de la independencia de su naturaleza.

El mismo cree que aprendió, en gran parte, a componer, analizando los trabajos de los maestros clásicos. Usándolos como modelo, había producido ya, antes de los veintiún años, un número considerable de trabajos. Un año más tarde, en 1921, compuso su primer ballet mexicano, "El Fuego Nuevo". Por primera vez dejaba a Europa para volver los ojos, en busca de inspiración, a las fuerzas vitales de su país. El compositor mismo no comprendió totalmente la importancia de este paso, hasta algunos años después, pero ya, desde entonces, había encontrado verdaderamente su camino.

La música ritual de los indios mexicanos es un rico venero de materia musical. Poco conocida aun en México, es difícil oír esta música que nunca ha sido tomada en serio

por los músicos profesionales del país. Chávez había visitado a los indios cada año y se había empapado de su música mucho antes de que conscientemente pensara en ella como base de su trabajo. El punto que quedaba por resolver, era el de la mejor manera de emplearlo.

Es muy fácil crear una escuela nacional de música con ayuda de las melodías populares. Basta incorporarlas en una ópera o en un poema sinfónico. Pero este procedimiento esencialmente mecánico, rara vez puede satisfacer. Hay cierta incongruencia inherente al intento de colocar temas simples populares, en composiciones de armonía sofisticada, y es todavía más difícil construir con ellos un largo y compacto edificio sinfónico. Fue en la última centuria cuando los Cinco Rusos introdujeron el nacionalismo en la música, por ese método. Desde entonces, todas las minorías raciales lo han adoptado como un medio de afirmar su independencia musical.

Chávez, en "El Fuego Nuevo", quiso hacer lo mismo. El uso de temas indios en este primer ensayo fué muy literal. Su modo, comparado con el que después ha logrado, parecía el modo un poco inorgánico con que Manuel de Falla ha empleado los temas españoles en sus ballets. Sin embargo, la siguiente composición de Chávez, "Tres Sonatinas", para violín y piano, celo y piano, y piano solo, escrita después de un intervalo de tres años, demuestra un adelanto considerable. La "Sonatina" para piano es la más característica del grupo. Es música fresca, original, de gran belleza y distintivo sabor mexicano. Ya no hay

melodías indias mezcladas en esta composición. Chávez ha empezado a revisar el material de modo que sólo su esencia permanezca. Aquí y allí, puede distinguirse un fraseo característicamente mexicano, pero el elemento popular ha sido reemplazado por un sentido más sutil de las características nacionales. Como Debussy y Ravel reflejan la claridad, la delicadeza, la inteligencia y el dibujo preciso del espíritu francés, así Chávez ha aprendido a escribir música que aprisiona el espíritu de México, su alma latina, llena de sol. Con extraordinaria intuición, ha hecho en su trabajo más reciente una combinación de las dos maneras de nacionalismo, representadas respectivamente por las escuelas francesa y rusa. Así ha creado una tradición que ningún compositor mexicano del futuro podrá dejar de conocer. Si insisto en este punto, es porque comprendo que ningún otro compositor que haya usado material popular —ni siquiera Bela Bartok o Falla—, ha resuelto con más éxito el problema de su completo amalgamamiento en las formas artísticas.

El segundo ballet mexicano de Chávez, "Los Cuatro Soles", basado en una leyenda azteca, es uno de sus más deliciosos trabajos. Está hecho con ritmos simples, dibujados, que dan a toda la composición un aspecto muy definido, inconfundible. Esta música fresca y vital tiene tan firmemente arraigadas sus raíces en una cultura antigua, que, a veces, toma algo de la monotonía de las danzas indias. Dos trabajos para pequeño conjunto son "Energía" para nueve instrumentos y "H. P., Baile de Hombres y Máquinas". El último fué tocado en Nueva York, pe-

ro no puede contarse entre los mejores trabajos de Chávez. Un delicioso sentido de humor se despliega en sus "Tres Exágonos", para voz y pequeño conjunto, y en su pequeña pieza para piano, "36". Es humor seco, mordente, sin traza de ironía ni de intentos maliciosos.

Indudablemente, su trabajo más maduro, hasta hoy, es el que terminó recientemente: "Sonata para Piano", en cuatro movimientos. Esta "Sonata" da una impresión confusa a primer oído, a causa de la técnica individual con que está escrita. Parece contener una profusión de gérmenes melódicos cortos, ninguno de los cuales se desarrolla de la manera usual, por lo que crea un sentido de incoherencia. Esto es también resultado del estilo, muy contrapuntístico. Las voces separadas se mueven de modo de producir un correcto enlace de disonancias agudas y repentinos unísonos brillantes. Agréguese a esto, una escritura especial de piano —delgada, dura y sin opacamientos de sonoridad— y es claro que sus trabajos presentan formidables dificultades hasta para el auditor más atento. Pero el frecuente trato con la "Sonata", me convence de que en estos cuatro movimientos altamente condensados, cada uno de los cuales parece estar envuelto en dificultades, Chávez ha puesto lo mejor de su ingenio. Contienen una cualidad personal que es imposible describir con palabras, pero que, después de todo, constituye el principal derecho del compositor a la originalidad.

Chávez, naturalmente, tiene sus limitaciones. —De espacio, tal vez de forma y melodía.— Sin embargo, es uno

de los pocos músicos de América de quien se puede decir que es más que un reflejo de Europa. Nosotros —los Estados Unidos—, que hemos deseado por mucho tiempo la autonomía musical, podemos apreciar mejor la medida completa de esta conquista. No podemos, como Chávez, explotar recursos de ricas melodías, o perdernos en una civilización antigua, pero sí podemos estimularnos e instruirnos con su ejemplo. Porque Chávez, aunque está nada más, al principio de su carrera, no es precipitado decir que su trabajo se presenta como uno de los signos auténticos de un mundo nuevo con su propia música nueva.—AARON COPLAND

LIBRERIA DE VIEJO

1897. *The International Publishing Co. San Francisco Cal.*
Un pequeño volumen empastado, anónimo. Inician la discusión las letras doradas del lomo, desvanecidas de cansancio en el equilibrio de la horizontal, y las negras tendidas en la hoja seca, blanca, de la portada interior. Afuera: Memorias del Marqués de San Basilio. Adentro: Memorias del Marqués de San Basilio. ¿Errata del tipógrafo norteamericano? ¿discreta corrección del encuadernador indígena? Felipe Teixidor mi amigo, inteligente investigador, que me señala el ejemplar, pondrá las cosas en su punto.

Si el título no logra interesar aunque recuerde otras memorias de Marqueses, principalmente las del Marqués de Sade, la nota de los Editores que precisa con arrebatos moralistas la época y la acción de los recuerdos del personaje, nos arroja en sus páginas descoloridas por dos caminos de la curiosidad: *Memorias. México a mediados del Siglo XIX.*

Un personaje más de la *p i c a r e s c a* —fecunda en la literatura mexicana—, construido en carne viva con las mismas pasiones, y con semejantes medios para satisfacerlas, que el Periquillo Sarniento o que Pedro de Urdemales actor de singulares aventuras en la tradición popular, hijo de buena familia por su origen Cervantino. Jorge Camonina —Jorge Carmona es el nombre del autobiógrafo— nace pobre, en Culiacán, Sinaloa, en 1830. Educado en el servicio de dos sacerdotes que nutren con ejemplos su natural, ingeniosa, disposición a los goces de este mundo, principia el ejercicio de la aventura como buhonero y jugador de cartas (la baraja, esa Biblia de Lucifer, dice Jorge Camonina, nombre cuya traducción al inglés sería: George Pocker), para ingresar, más tarde, huyendo de sus ingeniosas trampas, en el ejército liberal, revolucionario, del General Pesqueira. La vida de Sonora y Sinaloa, las luchas con los indios yaquis, el amor de las mujeres nortenas, todo tiene observación suscita, rápida, dibujada por el dato esencial —virtud de estas Memorias— en la atareada vida de Camonina.

Pero como el pícaro —globe trotter que ha despersonalizado la policía— va siempre perseguido por sus actos, Camonina cambia de facciones —de los liberales a los conser-

Motivos

vadores— sin perder la cara habilidad de jugador con dos caras en figura de baraja inglesa. Después “a mediados de 1860 —dice— desembarqué en San Francisco y aunque la ciudad me gustó, sus habitantes no dejaron de disgustarme, pues su ignorancia en juegos de azar es digna de compadecerse. Allá los hombres trabajan como burros y las mujeres gastan el dinero como reinas, orden de cosas que debería ser invertido”.

Los franceses, en apoyo de Maximiliano, invaden el territorio de la República y entonces, el otro periquillo, se da de alta en el ejército Francés pensando ganar escudos de oro con sus naipes y beberse el champagne de los oficiales, pues cuando guía una escolta en persecución de los Republicanos, en buen español, frente a la inocencia de los oídos franceses, lo hace saber, por un propio, a las fuerzas perseguidas que “prefiere que se derrame el vino y no la sangre, siendo el vino ajeno y la sangre propia”.

De travesura en travesura llega a México paseando su desenfado de p a y o entre la Corte de Maximiliano, y anotando, siempre, los rasgos vivos de aquel fastuoso remedo de las Cortes europeas, el minucioso daguerrotipo de sus personajes, la actitud popular frente al falso brillo de las joyas Imperiales y el verdadero mineral de los usureros que lo sostenían; hasta que, jugador empedernido, conquista a la mujer con fortuna que en París le permite adquirir títulos y fama de rastacuero.

La novela mexicana de Inclán, Payno, Riva Palacio, nutrida a menudo, en el siglo pasado, de los acontecimientos

histórico-políticos traza, con abundancia ilegible, el tipo del charro contrabandista, del *plataado* que reparte su vida entre el robo, el juego y la defensa de la patria —(¡ Santa Anna tiene una pata — De palo y plata!)— fijando, no obstante, sus defectos de un romanticismo extravagante, la peculiar semblanza del tipo y de su ambiente con todo su pintoresco desarrollo en donde, más que el refinado gusto de un lector educado a la europea, el investigador y el curioso encuentran atractivo. Pero si la obra literaria no alcanza pleno, inteligente crecimiento y se resiente de la cercanía, sin perspectivas, anecdótica, del hecho inmediato y de la observación sin juicio, preferimos este género de la Memoria por su sinceridad ingenua y su pureza, sobre todo, cuando, como las Memorias del Marqués de San Basilio, unen a esas cualidades propias la clásica virtud de la síntesis —economía de líneas para el dibujo expresivo— y están escritas en el agradable resbalar de un idioma que, sin abusar de la expresión folk-lórica, regionalista o de mal gusto, conserva el espíritu del pueblo.

Cuando se escriba con atención y juicio, ahondando, la historia verdadera de nuestra literatura en el Siglo XIX, sobre el que corren versiones tan disparatadas y famas adquiridas por tradición oral, ocuparán muy distinguido sitio las Memorias de Fray Servando de Mier —intelligentísimo deportista de la persecución— y de este incógnito Marqués de Sinaloa.—B. O. de M.

CONTEMPORANEOS

REVISTA MEXICANA DE CULTURA

Tomo II

CONTEMPORANEOS

Editores:

Bernardo J. GASTELUM Jaime TORRES BODET
B. ORTIZ DE MONTELLANO Enrique GONZALEZ ROJO



SEPTIEMBRE, OCTUBRE,
NOVIEMBRE y DICIEMBRE

Año de 1928

MEXICO

INDICE

	<u>NUM.</u>	<u>PAG.</u>
ABREU GOMEZ, Ermilo		
<i>El Primero Sueño de Sor Juana</i>	4	46
<i>Flor de Romances</i>	5	205
<i>Obras de Sigüenza y Góngora</i>	7	393
ASCH, Nathan		
<i>El Campo</i>	5	144
AZUELA, Mariano		
<i>Por el Camino de Proust</i>	6	291
BACON, Peggy		
<i>La Modelo</i>	7	335
BIDDLE, George		
<i>Paisaje</i>	7	328
<i>Paisaje Mexicano</i>	7	329

	<u>NUM.</u>	<u>PAG.</u>
BLAKE, William		
<i>El Matrimonio del Cielo y del Infierno..</i>	6	213
 CANADE		
<i>La Conversación.</i>	7	326
<i>Autorretrato.</i>	7	327
 COPLAND, Aaron		
<i>Carlos Chávez, Compositor.</i>	7	407
 CHARLOT, Juan		
<i>Carlos Mérida y la Pintura.</i>	6	262
 ESTRADA, Genaro		
<i>Por el Camino de Proust.</i>	6	292
<i>Silencio.</i>	7	319
 FIEBLEMAN, James		
<i>Death of the God in Mexico.</i>	7	320
 FIENE, Ernest		
<i>Camino de la Ciudad.</i>	7	334
 GAG, Wanda		
<i>Rueca.</i>	7	330
<i>Estación del Elevado</i>	7	331

	<u>NUM.</u>	<u>PAG.</u>
GARCIA MAROTO, Gabriel		
<i>Goya en Zig-Zag</i>	4	101
<i>Ocho Dibujos Mexicanos</i>	5	136
<i>Pruebas de Nueva York</i>	7	397
GASTELUM, Bernardo J.		
<i>Democracia Asimétrica</i>	6	244
GOMEZ PALACIO, Martín		
<i>Por el Camino de Proust</i>	6	296
GONZALEZ ROJO, Enrique		
<i>Ambito, paisaje de Ideas</i>	4	97
<i>El Día más Feliz de Charlot</i>	5	113
<i>Épica y Economía</i>	5	208
<i>Por el Camino de Proust</i>	6	298
<i>Ventura García Calderón y su obra</i>	7	381
GOROSTIZA, Celestino		
<i>Exhumaciones</i>	4	99
<i>Traducción de El Campo de N. A.</i>	5	144
<i>Galería de Poetas Nuevos de México</i> ...	5	201
<i>Payo</i>	7	336
HEREDIA, José G.		
<i>En Busca de las Siete Ciudades</i>	5	160

	<u>NUM.</u>	<u>PAG.</u>
JARNES, Benjamín		
<i>Teoría del Zumbel</i>	7	305
JIMENEZ RUEDA, Julio		
<i>El Toque de Diana</i>	4	55
KUNIYOSHI, Y.		
<i>Las Bailarinas</i>	7	333
MAURER, A.		
<i>Muchachas</i>	7	332
MERIDA, Carlos		
<i>Obras</i>	6	267
ORTIZ DE MONTELLANO, Bernardo		
<i>Crucero</i>	4	84
<i>Romancero Gitano</i>	4	104
<i>Poesías de Robinson</i>	5	109
<i>Por el Camino de Proust</i>	6	298
<i>Vida de Cortés</i>	7	388
<i>Librería de Viejo</i>	7	412
OWEN, Gilberto		
<i>Traducción de Pequeños Textos de</i>		
<i>P. V.</i>	4	34

	<u>NUM.</u>	<u>PAG.</u>
<i>Poema en que se usa mucho la palabra</i>		
<i>amor</i>	7	323
 PEREZ FERRERO, Miguel		
<i>Andén</i>	6	257
 ROJAS, Marcial		
<i>Un Extemporáneo</i>	5	199
 SANCHEZ, Pedro C.		
<i>Astronomía y Geodesia</i>	7	346
 TAMAYO, Rufino		
<i>Acuarelas y Oleos</i>	4	40
 TORRES BODET, Jaime		
<i>Perspectiva de la Literatura Mexicana</i>		
<i>Actual</i>	4	1
<i>Novela y Nube</i>	4	87
<i>Nadja, de André Breton</i>	5	194
<i>Tarjetas de Visita</i>	5	211
<i>Aniversario de Proust</i>	6	280
<i>Máximas y Mínimas de la Costumbre</i> ..	7	311
<i>Meditaciones de un Idealista</i>	7	384
 TORRI, Julio		
<i>Xenias</i>	5	131
<i>Por el Camino de Proust</i>	6	300

	<u>NUM.</u>	<u>PAG.</u>
TOUSSAINT, Manuel		
<i>Tasco</i>	6	273
VALERY, Paul		
<i>Pequeños Textos</i>	4	34
VILLAURRUTIA, Xavier		
<i>Guía de Poetas Norteamericanos</i>	4	91
<i>Traducción de El Matrimonio del Cielo y del Infierno de W. B.</i>	6	213
<i>Nocturno de la Estatua</i>	7	324
<i>Henríquez Ureña, Humanista Moderno</i>	7	402

En "Sanborns"...

POR SUPUESTO!



Hay frases que se imponen cuando se trata de obtener objetos de calidad y mérito, al precio que deben darse.

Por esta razón, a nadie extraña oír "En Sanborns, por supuesto", porque es en SANBORN'S el lugar donde se encuentran todos los confortos de la vida moderna:

Drogas
Novedades
Tabacos
Farmacia
Dulces
Refrescos
Restaurante
Pielés y Abrigos
de Prestigio
Aljombas y Tapetes genuinamente Orientales.



Av. Madero, 4.

Todo de primer orden, como lo ameritan "La Casa de los Azulejos" y nuestra escogida clientela



Av. Madero, 4.

EL LIBRO MERCANTIL

FAUSTO Y GUTIERREZ

PAPELERIA IMPRENTA LITOGRAFIA
GRABADO

FABRICA DE LIBROS EN
BLANCO-ESPECIALIDAD EN
LIBROS CON LOMO FLE-
XIBLE PARA CONTABI-
LIDAD

AV. 16 DE SEPTIEMBRE No. 45

TELEFONOS:

MEX 510 NERI ERICSSON 1013

APARTADO 1000

LAS TRES OBRAS CUMBRES DE ACTUALIDAD:

GEOGRAFIA UNIVERSAL
HISTORIA NATURAL Y
LAS RAZAS HUMANAS

PUBLICADAS POR EL INSTITUTO
GALLACH

REPRESENTANTES EXCLUSI-
VOS PARA LA VENTA EN
MEXICO

PORRUA HERMANOS

ESQUINA AV. ARGENTINA Y JUSTO
SIERRA

PIDA UD. PROSPECTOS

ARTICULOS
PARA ESCRITORIO

IMPRESIONES EN GENERAL

SANTIAGO GALAS Y HNO.

"LA HELVETIA"

AV. 16 DE SEPTIEMBRE 41

MEXICO, D. F.

EDICIONES DE

"ULISES"

XAVIER VILLAURRUTIA
"DAMA DE CORAZONES"

GILBERTO OWEN
"NOVELA COMO NUBE"

EDICIONES LIMITADAS
\$ 3.00 EJEMPLAR

SAMUEL RAMOS
"HIPOTESIS" \$ 1.00 EJEM.

PEDIDOS A BRASIL. 42
DESPACHO 10

LOTERIA NACIONAL

PARA LA BENEFICENCIA PUBLICA

CALENDARIO DE SORTEOS PARA EL AÑO DE 1929.

ENERO			MAYO			SEPTIEMBRE		
4	Mayor	223 \$120,000	3	Menor	239 \$ 12,000	1	Menor	272 \$ 12,000
6	Menor	207 „ 12,000	5	Extra	82 „,800,000	3	Menor	273 „ 12,000
8	Menor	208 „ 12,000	7	Menor	240 „ 12,000	6	Menor	274 „ 12,000
11	Mayor	224 „ 60,000	12	Mayor	236 „120,000	8	Menor	275 „ 12,000
13	Menor	209 „ 12,000	14	Menor	241 „ 12,000	10	Menor	276 „ 12,000
15	Menor	210 „ 12,000	17	Mayor	237 „ 60,000	13	Menor	277 „ 12,000
18	Mayor	225 „ 60,000	19	Menor	242 „ 12,000	15	Extra	84 „,800,000
20	Menor	211 „ 12,000	21	Menor	243 „ 12,000	17	Menor	278 „ 12,000
22	Menor	212 „ 12,000	24	Mayor	238 „ 60,000	20	Menor	279 „ 12,000
25	Mayor	226 „ 60,000	26	Menor	244 „ 12,000	22	Mayor	251 „120,000
27	Menor	213 „ 12,000	28	Menor	245 „ 12,000	24	Menor	280 „ 12,000
29	Menor	214 „ 12,000	31	Mayor	239 „ 60,000	27	Mayor	252 „ 60,000
						29	Menor	281 „ 12,000
FEBRERO			JUNIO			OCTUBRE		
1	Mayor	227 \$ 60,000	2	Menor	246 \$ 12,000	1	Menor	282 \$ 12,000
3	Menor	215 „ 12,000	4	Menor	247 „ 12,000	4	Mayor	253 „ 60,000
8	Menor	216 „ 12,000	7	Mayor	240 „ 60,000	6	Menor	283 „ 12,000
10	Menor	217 „ 12,000	9	Menor	248 „ 12,000	8	Menor	284 „ 12,000
12	Menor	218 „ 12,000	11	Menor	249 „ 12,000	11	Mayor	254 „ 60,000
15	Extra	81 „,400,000	14	Mayor	241 „ 60,000	13	Menor	285 „ 12,000
17	Menor	219 „ 12,000	16	Menor	250 „ 12,000	15	Menor	286 „ 12,000
19	Menor	220 „ 12,000	18	Menor	251 „ 12,000	18	Mayor	255 „ 60,000
24	Mayor	228 „120,000	21	Mayor	242 „ 60,000	20	Menor	287 „ 12,000
26	Menor	221 „ 12,000	23	Menor	252 „ 12,000	22	Menor	288 „ 12,000
			25	Menor	253 „ 12,000	25	Mayor	256 „ 60,000
			28	Mayor	243 „ 60,000	27	Menor	289 „ 12,000
			30	Menor	254 „ 12,000	31	Mayor	257 „ 60,000
MARZO			JULIO			NOVIEMBRE		
1	Mayor	229 \$ 60,000	2	Menor	255 \$ 12,000	3	Menor	290 \$ 12,000
3	Menor	222 „ 12,000	5	Mayor	244 „ 60,000	5	Menor	291 „ 12,000
5	Menor	223 „ 12,000	7	Menor	256 „ 12,000	8	Mayor	258 „ 60,000
8	Mayor	230 „ 60,000	9	Menor	257 „ 12,000	10	Menor	292 „ 12,000
10	Menor	224 „ 12,000	12	Menor	258 „ 12,000	12	Menor	293 „ 12,000
12	Menor	225 „ 12,000	16	Menor	260 „ 12,000	15	Mayor	259 „ 60,000
15	Mayor	231 „ 60,000	14	Menor	259 „ 12,000	17	Menor	294 „ 12,000
17	Menor	226 „ 12,000	19	Extra	83 „,300,000	19	Menor	295 „ 12,000
22	Mayor	232 „ 60,000	21	Menor	261 „ 12,000	22	Mayor	260 „ 60,000
24	Menor	227 „ 12,000	23	Menor	262 „ 12,000	24	Menor	296 „ 12,000
31	Menor	228 „ 12,000	26	Menor	263 „ 12,000	26	Menor	297 „ 12,000
			28	Mayor	245 „120,000	29	Mayor	261 „ 60,000
ABRIL			AGOSTO			DICIEMBRE		
2	Menor	229 „ 12,000	2	Mayor	246 \$ 60,000	1	Menor	298 \$ 12,000
5	Mayor	233 „ 60,000	4	Menor	264 „ 12,000	3	Menor	299 „ 12,000
7	Menor	230 „ 12,000	6	Menor	265 „ 12,000	6	Menor	300 „ 12,000
9	Menor	231 „ 12,000	9	Mayor	247 „ 60,000	8	Menor	301 „ 12,000
12	Mayor	234 „ 60,000	11	Menor	266 „ 12,000	10	Menor	302 „ 12,000
14	Menor	232 „ 12,000	13	Menor	267 „ 12,000	13	Menor	303 „ 12,000
16	Menor	233 „ 12,000	16	Mayor	248 „ 60,000	15	Extra	85 „600,000
19	Mayor	235 „ 60,000	18	Menor	268 „ 12,000	17	Menor	304 „ 12,000
21	Menor	234 „ 12,000	20	Menor	269 „ 12,000	20	Menor	305 „ 12,000
23	Menor	235 „ 12,000	23	Mayor	249 „ 60,000	22	Mayor	262 „120,000
26	Menor	236 „ 12,000	25	Menor	270 „ 12,000	27	Mayor	263 „ 60,000
28	Menor	237 „ 12,000	27	Menor	271 „ 12,000	29	Menor	306 „ 12,000
30	Menor	238 „ 12,000	30	Mayor	250 „ 60,000			

El Director General, JOSE CUVARRUBIAS

Junta Directiva de la Beneficencia Pública del Distrito Federal

Presidente: Lic. Eduardo Mestre Ghirghizza.

Vocales: Lic. Aquiles Elorduy, Epifanio Barra Jr., Victor Ayguerosque y Adolfo Prieto.

REPRESENTANTES Y AGENTES EXCLUSIVOS
PARA:

La Rosa de Guadalupe - Los Angeles

Artículos de Perfumería

Anglo-American Pharm. Corp. - New York, N. Y.

Productos Medicinales

The Ayer Company - Lowell, Mass.

Productos Medicinales

Creomulsion Company - Atlanta, Ga.

Productos Medicinales

Chesebrough Manufacturing Co. - New York, N. Y.

Baselinas Medicinales

Dexma Laboratories - Chicago, Ill.

Específico para la Piel

Dr. J. H. Dye Medical Institute - Buffalo, N. Y.

Productos Medicinales

Gels-H, Inc. - Chicago, Ill. Colloida

National Laboratory - Chicago, Ill.

Productos Medicinales

Norwich Pharmacal Company - New York, N. Y.

Productos Farmacéuticos

The Palisade Manufacturing Co. - Yonkers, N. Y.

Productos Farmacéuticos

Pepsin Syrup Company - Monticello, Ill.

Productos Medicinales

The Pepsodent Company - Chicago, Ill.

Pasta Dentífrica

Smith, Kline & French Co. - Philadelphia, Pa.

Productos Farmacéuticos

The Tanglefoot Company - Grand Rapids, Mich.

Insecticidas

The Tanlac Company - Dayton, Ohio.

Productos Medicinales

American Chemical Co., S. A.

PASEO DE LA REFORMA 5

MEXICO, D. F.

AMERICAN CHEMICAL
Company, S. A.

PASEO DE LA REFORMA 5

MEXICO, D. F.



LA mujer cuidadosa de su
aseo perfecto tiene siempre
a la mano Taleo.

*La Rosa de
Guadalupe*

para conservar su piel fresca,
seca y sana, evitando los
desagradables efectos de la
humedad después del baño
y lavado.

Por su pureza y finura insuperables,
el Taleo Rosa de Guadalupe
es el mejor para los bebés.

Todo mundo lo usa después del
baño, porque da al cuerpo una
sensación de frescura, libertad y
confort indescribibles.

Es delicioso después de afeitarse.

De venta en todas partes
donde se vendan buenos
artículos para el tocador.

México, D. F.

1928

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

FRANCISCO ICHASO

FELIX LIZASO

JORGE MAÑACH

JUAN MARINELLO

APARECE MENSUALMENTE

SUSCRIPCION A SEIS NUMEROS

\$ 1.00 O. A.

APARTADO 2228

LA HABANA, CUBA

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI

ROBERTO F. GIUSTI

Secretario:

EMILIO SUAREZ CALIMANO

SUSCRIPCION POR UN AÑO:

8 DOLARES

LIBERTAD NUM. 747

BUENOS AIRES, R.P. ARGENTINA

LA GACETA LITERARIA

IBERICA. AMERICANA. INTERNACIONAL
QUINCENAL DE INFORMACION
Y CRITICA

DIRECTOR-FUNDADOR,

E. GIMENEZ CABALLERO

SECRETARIO,

GUILLERMO DE TORRE

SUSCRIPCION ANUAL:

ESPAÑA Y PAISES DEL CONVENIO:

POSTAL HISPANO AMERICANO: 7.50 PTS.

EXTRANJERO: 10.00 PTS

APARTADO NUM. 7.081

MADRID, ESPAÑA

REVUE DE L'AMERIQUE
LATINE

DIRECTORES:

ERNEST MARTINENCHE

CHARLES LESCA

Suscripción por un año: Dls. 2.60

„ „ seis meses: „ 1.60

2 RUE SCRIBE. PARIS.

ADQUIERA USTED EN LAS PRINCIPALES LIBRE-
RIAS DE LA REPUBLICA O DIRECTAMENTE, SOLICI-
TANDOLO POR CORREO, FRANCO DE PORTE, A

CONTEMPORANEOS

LAS SIGUIENTES OBRAS:

B. J. GASTELUM	INTELIGENCIA Y SIMBOLO,	CALPE, MADRID,	\$ 2.00
JAIME TORRES BODET	POESIAS	1.40
.. .. .	MARGARITA DE NIEBLA	CULTURA, MEXICO	1.50
.. .. .	CONTEMPORANEOS (CRITICA)	HERRERO, MEXICO	2.00
E. GONZALEZ ROJO	EL PUERTO	CULTURA	1.50
.. .. .	ESPACIO	MUNDO LATINO,	
		MADRID	2.00
G. GARCIA MAROTO	1930	BIBLOS, MADRID	1.50
.. .. .	ANDALUCIA	3.50
.. .. .	ESPAÑA MAGICA	ACCION,	8.25
B. ORTIZ DE MONTELLANO	EL TROMPO DE SIETE		
	COLORES	CULTURA, MEXICO	1.50
.. .. .	RED (POEMAS EN PROSA)	CONTEMPORANEOS, MEXICO	1.50
JOSE GOROSTIZA	CANCIONES PARA CANTAR		
	EN LAS BARCAS	CULTURA, MEXICO	1.50
XAVIER VILLAUERRUTIA	REFLEJOS	1.50



EDICIONES DE
CONTEMPORANEOS

ACABA DE APARECER LA
**ANTOLOGIA DE LA POESIA
MEXICANA MODERNA**

EDITADA POR JORGE CUESTA
UNA HERMOSA SELECCION DE LOS MEJORES
POEMAS DE LOS MEJORES POETAS DE MEXICO

PRECIO DEL EJEMPLAR \$3.00

RED

POEMAS EN PROSA DE
BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO
CON CINCO DIBUJOS DE
JULIO CASTELLANOS

PRECIO DEL EJEMPLAR \$1.50

DE INMINENTE PUBLICACION:

E. GONZALEZ ROJO
**ANTOLOGIA DE LA PROSA
MEXICANA MODERNA**

CON ABUNDANTES NOTAS CRITICAS
Y BIBLIOGRAFICAS

SI UD. SE INTERESA POR ADQUIRIRLAS,
DIRIJASE A

CONTEMPORANEOS

APARTADO POSTAL No. 1811 MEXICO, D. F.

